

Biblioteca Ilustración Artística

Año XIV

BARCELONA 26 DE AGOSTO DE 1895

Núm. 713

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BEETHOVEN, escultura de Francisco Jerace (Exposición internacional de Venecia. 1895)

SUMARIO

Texto. - *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. - *Semblanza. Joaquín Gastambide*, por F. Moreno Godino. - *El que menos corre... vuela*, por A. Danvila Jaldere. - *La poetisa austriaca Betty Paoli*, por Juan Fastenrath. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea* con noticias de *Bellas Artes, Teatros y Necrología.* - *La señora Florent* (conclusión), novela original y de Camilo Bruno, con ilustraciones de Marchetti, traducción de E. L. Verneuil. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Tirantes para aumentar la fuerza de los ciclistas.* - *Aparato para tapar toda clase de botellas.* - *La fotografía por kilómetros.* - *Nuevo aparato de salvamento de buques.*

Grabados. - *Beethoven*, escultura de Francisco Jerace (Exposición internacional de Venecia). - *Joaquín Gastambide.* - *Su Eminencia*, acuarela de José Moragas Pomar. - *Las planchadoras*, cuadro de R. Díaz y Olano (Exposición general de Bellas Artes de Madrid). - *Premio sin goce*, cuadro de Onofre Garí Torrent (Exposición general de Bellas Artes de Madrid). - *El sueño de un ángel*, cuadro de W. Roegge. - *Están verdes*, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid). - *El fulgor misterioso (superstición bretona)*, cuadro de Félix Hipólito Lucas (Salón de los Campos Eliseos de París). - *En el balneario*, dibujo de Narciso Méndez Branga. - *Polyxena*, viuda de Stambuloff. - *Federico Engels*, célebre propagandista fallecido en Londres el día 5 del presente mes. - *Tirantes para aumentar la fuerza de los ciclistas.* - *Aparato para tapar toda clase de botellas.* - *Nuevo aparato de salvamento de buques.* - *La hija del pastor*, agua fuerte de R. de los Ríos (Exposición internacional de Venecia).

CRÓNICA DE ARTE

El señor ministro de Fomento está en estos instantes ocupado en dar los últimos toques al decreto de reorganización de la Escuela central de Artes y Oficios, reorganización que alcanza también a las Escuelas de provincias.

Por cierto que esta obra, todavía desconocida hasta de la prensa diaria, ha ocasionado ya sendos disgustos a varios periodistas, quienes por medio de las armas ventilarán en la tarde de hoy, 11 de agosto, las diferencias surgidas entre ellos con motivo de los dimes y diretes y palabras gruesas que desde los respectivos periódicos se dirigieron, atacando unos, otros defendiendo el hasta la fecha desconocido decreto.

El caso no es nuevo ni tampoco raro. Aparte la pasión política y el odio personal, que casi siempre influyen de un modo poderoso (como sucede en la ocasión presente) en esas discusiones periodísticas, obligando a estampar frases violentas y a dar por hechas cosas que no existen, la prensa diaria, especialmente la española, padece de una manía, de la cual, ó he perdido los papeles ó habrá de curarse en breve, como se va curando la francesa, y que la inglesa no llegó a padecer en ningún tiempo: esa manía es la de la información *à priori* y como lógica consecuencia la de la crítica de lo informado. Esto da motivo á disgustos y lances como el pendiente, y además contribuye de un modo harto eficaz á la indiferencia y no digo también á la antipatía con que el público acoge cierta clase de informaciones que tienen por base las cábalas, presunciones, etc., que el afán del *reporter* deseoso de ejercer de profeta dando á los vientos de la publicidad noticias sensacionales y la enemiga del político de oposición urden en el telar del *suponiendo* y que la realidad casi nunca confirma.

Porque en este caso concreto de la disposición ministerial reorganizando la Escuela de Artes y Oficios, ni el periódico que defendía al ministro ni el que lo atacaba sabían más arriba de media palabra del famoso decreto. El periódico de oposición atacó la obra del Sr. Bosch, *suponiendo* que en ella se hacía esto, lo otro y lo de más allá, y el que la defendió, *suponiendo* que todo fuese cierto, afirmaba que su colega era un tal y un cual.

Lo más notable en este asunto es que el suelto del periódico contrario al ministro de Fomento no era obra de la redacción, sino de una persona que ha venido ocupando un puesto en la citada Escuela de Artes y Oficios. Como *ballon d'essai* lanzó la especie de que, conociendo el espíritu del decreto, éste venía á desorganizar aquel establecimiento de enseñanza; creyendo acaso que el resto de la prensa tomaría la cosa como cierta y comenzaría una campaña en contra del proyecto del Sr. Bosch.

Cuando esta crónica se publique es probable que la obra del ministro sea ya conocida, pues de un día á otro debe remitirse á la firma de la Regente; por lo tanto, no creo pecar de indiscreto si digo que á la amabilidad del Sr. Bosch debo el conocer su pensamiento hace ya bastantes días. Y como lo conozco por entero, por eso puedo afirmar que nada de lo dicho en contra y en favor se acerca á lo cierto.

Sintetizando: en el decreto hoy aprobado en Consejo de ministros se establecen dos secciones, industrial y artística. Se respeta casi por completo el plan de enseñanzas que hasta ahora ha venido rigiendo, y se aumenta la de *aparejadores*. Se suprimen tres

secciones de las diez que hoy existen en Madrid y se crean algunas cátedras, así de carácter práctico como teórico. Al propio tiempo se ordena que en un término de tiempo prudencial se provean todas las vacantes de la Escuela que actualmente están servidas interinamente en las ternas que correspondan. Tal es en resumen lo más importante de la parte dispositiva del asendereado decreto.

El espíritu que lo informa tiende á que las especialidades como la de mecánicos, electricistas, etc., sean verdaderamente tales; y que así en esas como en la de aparejadores haya un profesorado científico que garantice el éxito de las enseñanzas. Créanse títulos oficiales que servirán á los alumnos que terminen sus estudios para exhibirlos en cuantos casos necesiten probar su competencia.

Se establecen bibliotecas, gabinetes de física, talleres de máquinas y museos de artes suntuarias y decorativas y demás industrias de carácter artístico. Se ordena que se den conferencias dominicales y que se hagan excursiones á centros fabriles, á los Museos, etc. Por último se dispone la creación de una exposición permanente de cuantas máquinas nuevas se presenten, invitándose á sus autores á que las remitan.

Las Escuelas de provincias quedan sujetas á este plan.

Ciertamente que, como podrán juzgar cuantos de estas cosas entienden, la reorganización dispuesta por el Sr. Bosch no alcanza extremos excepcionales, ni se separa gran cosa de la que actualmente rige en la Escuela de Artes y Oficios, mas significa un paso adelante en lo que atañe á dar valor real y positivo á las enseñanzas.

Claro está que poco, muy poco puede hacerse en favor de nuestros artes y oficios é industrias con el plan del Sr. Bosch; pero por muchas vueltas que se dé al presupuesto, éste no permite mayores expansiones. Para reorganizar la *Universidad del pobre*, como con feliz frase llamó á las Escuelas de ese género un ilustre pensador francés, son menester, además de conocimientos y estudios muy detenidos de las necesidades, estado, condiciones, así locales como históricas y de aquellas otras en que se realiza la producción en el extranjero, disponer de un capítulo en el presupuesto cuatro veces mayor que el actualmente asignado á estas enseñanzas. Y ciertamente que tal organización no es obra de un mes, ni de una sola inteligencia, aun cuando ésta sea tan poderosa como la del actual ministro de Fomento. Que no es dable á un ministro, que debe regir un tan vasto ministerio como el que le ha tocado en suerte al señor Bosch, atender con aquella solicitud que es precisa asuntos de tanta monta y trascendencia como los de la instrucción pública, cada día más complejos, á cada instante solicitados por nuevos adelantos que imponen sistemas pedagógicos nuevos.

Por mi parte, creyendo que el decreto del señor Bosch es un decreto en el cual se introducen reformas perfectamente ajustadas á las necesidades de la enseñanza, creando al propio tiempo alguna de verdadero valor, sin embargo, no entra, á mi juicio, en aquella tendencia que yo creo necesaria para llevar á cabo el ideal de resucitar industrias y artes suntuarias y decorativas exclusivamente nuestras, pues tiende á la unidad de las enseñanzas en todas las escuelas provinciales, cuando por el contrario debiera cuidarse de estudiar el modo de que las artes ó industrias características de cada región ó provincia tuviesen principalísimo puesto. Que tal es la tendencia que hoy se inicia en toda Europa, por entender que la unidad y la centralización en el orden intelectual significan la muerte de un gran número de iniciativas, de fuerzas, de producciones características originales que no han debido desaparecer sino como desaparecieron en efecto las nuestras bajo las ruinas de un imperio poderoso que se desplomó carcomido por la más grande y más absoluta absorción centralizadora.

* *

El movimiento artístico padece en la época actual el mismo marasmo que cuanto se relaciona con la vida de la inteligencia. Es ese marasmo un paréntesis necesario para que espíritu y materia tomen alientos con que volver á la diaria batalla en condiciones posibles de lucha. Porque, bien al revés del general pensar, la producción artística y la literaria, lejos de proporcionar hoy un goce plácido al artista ó al literato, es motivo de dolorosas luchas, de angustiosos desalientos, de excitaciones febriles que aniquilan juntamente el espíritu y la materia.

Sin embargo, pintores y escultores trabajan con el empeño que pone en la labor el que no quiere formar en las filas de la multitud anónima... y morir de hambre. Y finalmente, son menester gran fuerza de

voluntad y amor á la vida y al trabajo para pintar ó modelar en los «estudios» de esta villa y corte, verdaderos hornos donde la temperatura alcanza á cuarenta grados. Por eso, cuantos han podido huir de Madrid lo han hecho, aun cuando algunos, como Sorolla, hayan ido á puntos como Valencia, donde el calor es tropical. Pero por lo menos el autor de *¡Otra Margarita!* respira las auras del Mediterráneo y el oxigenado ambiente de la huerta valenciana, y puede trabajar en la umbría ó á la sombra de la lona de un barco, sintiendo en el rostro las caricias de consoladora y húmeda brisa.

El secretario del Museo Nacional D. Luis Alvarez, ese marchó á Galicia á terminar en el fondo de alguno de aquellos *saudosos* valles un trabajo que tenía comenzado hace tiempo. Y á la región del noroeste se han ido, quiénes en busca de arte y de salud á un tiempo, quiénes tan sólo por admirar la naturaleza, Palmaroli, Domínguez, Ferrant y otros muchos. En cambio el autor de *La siega en Andalucía* D. Gonzalo Bilbao, persiguiendo el problema de la luz tal y como lo ha esbozado en el lienzo dicho, se somete en las tierras de Sevilla á la temperatura que sus modelos los segadores. Acaso por realizar un estudio de contraste, vaya á la frondosa Alcalá de Guadaíra á pintar aquellas florestas, en donde hallará al autor de *La Dogaresa* el eximio Villegas y al maestro D. José Jiménez Aranda, acompañados de García y Ramos.

Cecilio Pla ha desistido de un segundo viaje á Granada. Pensara por algunos instantes en dirigirse á Asturias, adonde fuera en otros días con el malogrado maestro Plasencia; pero asuntos pictóricos de urgencia le han obligado á reducir el viaje á Ceceñilla, uno de los más pintorescos y agrestes lugares de la grandiosa sierra del Guadarrama. En cambio Simonet y el paisajista Beruete hallanse á estas horas, el primero paseando por la capital del imperio alemán y el segundo estudiando los salones de París y Londres. De esta ciudad quizá marche á Edimburgo á conocer la nueva escuela escocesa.

Atraído por remembranzas de tiempos pasados en el hermoso puertecito de Asturias San Esteban de Pravia, Maximino Peña deja los pinares de la sorian tierra para volver á la de Pelayo, en donde comenzará un cuadro de empeño. Bertodano y Ugarte vagan por las orillas del Cantábrico, en los alrededores de San Sebastián, en busca de impresiones de la vida marinera, de esas tonalidades grises tan dulces y á la par enteras, que solamente en las regiones del Norte y Noroeste de España existen.

Los escultores tampoco están ociosos. El día 30 del actual termina el plazo del concurso abierto para erigir una estatua en esta corte al insigne hombre público y autor de la ley de Instrucción pública que lleva su nombre D. Claudio Moyano. Trabajan varios escultores de nombre para presentarse en la liza; alguno de ellos exclusivamente con el objeto de ganar el premio renunciando á la ejecución, por considerar la remuneración escasa. Otros se disponen á modelar el boceto de la estatua que en Badajoz ha de erigirse á Moreno Nieto; y aun cuando también la cantidad asignada es pequeña, sin embargo, la circunstancia de estar ya construido el pedestal y de conceder el Estado el bronce para la fundición, hace que, aun cuando poco, algo quede en beneficio del artista.

Pronto también se abrirá otra vez el concurso para elevar en Covadonga un monumento al Rey Pelayo. Veremos si de ésta va la vencida. Por último, se anunciarán en breve los concursos para las estatuas de Doña Concepción Arenal y de Zorilla. Especialmente el de la última, auguro que será un concurso reñidísimo, pues tendrá importancia grande, porque se pretende que sea un verdadero monumento.

Y mientras todas esas obras llegan á vías de realización. Querol modela la estatua que ha de erigirse en Vigo á Elduayen, el eximio Benlliure retoca en Barcelona la cera de dos bustos que deben fundirse en los talleres Masrera, y se dispone á terminar el monumento sepulcral á Gayarre y á emprender otra obra análoga de gran importancia y con destino á una de las más aristocráticas damas de la nobleza que viven en esta corte, y Alcoverro, según tengo entendido, modela dos cariátides que habrán de tener cinco metros de altura, para el nuevo edificio á punto de terminarse, destinado á Ministerio de Fomento.

Para terminar, la Sociedad general de tallistas de Madrid está comenzando los trabajos preliminares necesarios para celebrar en mayo del año próximo una Exposición de artes industriales y decorativas.

La iniciativa particular, realizando lo que debieran haber hecho nuestros gobiernos hace ya muchos años.

R. BALSAL DE LA VEGA



SEMBLANZA

Muy joven y ya sin familia allegada, teniendo que ganarse la vida como Dios le daba á entender, Gaztambide vivía en una casa de huéspedes. Se levantaba á la hora que sus ocupaciones lo exigían, y mientras se acicalaba con los cuatro trapitos que entonces tenía, llamaba á la patrona y solía entablar con ella diálogos parecidos al siguiente:

- ¡Señora!
- ¿Qué se le ofrece á usted, D. Joaquinito?
- Hoy el tirano (el tirano era él) vendrá algo tarde á almorzar.
- Pues lo siento por los apartadijos.
- Y no me ponga usted huevos fritos; estoy cansado de esa monotonía.
- Pero D. Joaquinito...
- Y que traigan rábanos; he oído ya pregonarlos.
- ¡Sí, rábanos! ¿Y también querrá usted fresa?
- Por ahora no soy tan exigente; dentro de unos días hablaremos.
- Pero D. Joaquinito, hágase usted cargo...
- El tirano se hace cargo de todo: hasta de que la debe á usted unos miserables meses de hospedaje, cosa mínima, puesto que el mejor día la cubrirá á usted de oro y de pedrería.

A veces, durante estos diálogos, entraba la criada, jovencita alcarreña, bien para dar algún recado á la señora, ó para enterarse de la conversación, y Gaztambide le decía:

- ¿Lo oyes, Anastasia? En cuanto oigas vender rábanos, á escape á comprarlos.

A veces volvía á casa retrasado, le abría la puerta la criada, y ésta corría á la cocina, donde la patrona preparaba la comida para los pupilos, y le decía:

- Señora, el Tirano (porque la pobre alcarreña creía que tirano era un nombre propio) dice que se retrase la comida para dar el repaso de violín.

Este repaso era como el prólogo ó introito de la comida. En cuanto la patrona oía los rasguños musicales, avisaba á los huéspedes distraídos, diciéndoles:

- ¡Vamos, que se va á comer: ya está D. Joaquinito tocando el violín!

Como D. Joaquinito pagaba poco y mal, la patrona tenía debilidad por él, lo cual suele constituir un rasgo de la clase. La buena señora se fué á Valencia á establecer casa de huéspedes, y Gaztambide no volvió á saber de ella durante muchos años. Algunos después, cuando el maestro estaba en el apogeo de su celebridad y fortuna, se le presentó una viejecita, algo estropeada de traje: Gaztambide la reconoció en seguida y la abrazó con efusión.

- Pero, señora, ¿dónde ha andado usted? ¿Es posible que no se haya acordado del tirano?

- ¿Que no me he acordado?, contestó llorando la patrona (pues era ella). ¡Vaya si me he acordado! Mientras he podido no he dejado de ver ninguna zarzuela de usted que se hacía en Valencia, y cuando los huéspedes volvían á casa tarareando la música, «Ya les decía yo: si no podía ser por menos: ¡tocaba tan bien el violín!»

- ¿Y Anastasita?

- Murió ¡la pobre! Me la llevé conmigo á Valencia, y allí se quedó en el cementerio. Desde entonces

parece que la mala sombra entró en mi casa: atrasos de huéspedes, enfermedades mías, un robo que me hicieron, ¿qué sé yo?

- ¿De modo que andamos mal?

- ¡Huy, D. Joaquinito!.. Pero no crea usted que vengo...

- Sí, ya sé que sólo viene usted á verme, y se lo agradezco. ¡Ea! ¡La mala sombra ya pasó! ¡A vivir tranquila todos los más años que usted pueda, que aquí estoy yo!

Y con efecto, desde entonces el tirano atendió á todas las necesidades de la bondadosa pupilera, hasta que murió ésta cuatro ó cinco años después.

Genio dominante, más bien por buen humor que por altanería, bondad ingénita, comprensión elevada en materias musicales, deseo de distinción y refinamientos sociales, carácter caballeresco y formal en sus tratos, desconocimiento de toda pasión baja ó malevolente: tales fueron las cualidades más salientes del popular autor de *En las astas del toro*, que era además notable director de orquesta. Alto, esbelto, de fisonomía expresiva, pulcro en el vestir y de amable trato, hacíase simpático á todo el mundo. Era afrancesado, y hacía frecuentes excursiones á París, donde adquirió buenas relaciones, y fué solicitado y distinguido por la buena traza que se daba para cantar al piano piezas de zarzuela y canciones españolas. Se aficionó de tal manera á la cocina francesa, que no pudiendo resignarse á la del *menage* español, gastaba en comer más de lo que le permitía su peculio.

Pero Gaztambide, en suma, sólo fué uno de los pocos y buenos compositores españoles de música que ha habido; y yo voy á consignar aquí un hecho que pone un sello notabilísimo á su personalidad. Gaztambide logró reunir una *tertulia* especial, única quizá en el mundo, y que parecería fabulosa, si afortunadamente no existiesen algunos supervivientes de ella. Después de terminar la representación del teatro de la Zarzuela, el maestro de quien me ocupo, que era empresario de este coliseo, sentaba sus reales en un salón del piso principal, en donde había una mesa, un piano y un amplio diván corrido, y poco después iban llegando los tertulianos. No era precisa la presencia del anfitrión, que á veces solía llegar como Neptuno, no para apaciguar el tumulto de las olas, pero sí el de las conversaciones que degeneraban en tumulto. A primera hora deslizábase allí algún intruso, pero en la alta noche ó madrugada sólo quedaban los clásicos habituales concurrentes. Había tontos que no podían arraigar en aquel campo, pero habíalos también (y yo me cuento entre ellos) que logramos imponernos. La primera hora era la de los *Pasillos del Congreso*; esto es, la de la murmuración, y en ella se cortaban sayos á todo bicho viviente; pero luego venía el período literario, guasón y disparatado. Proponíanse charadas, *¿qué ves?*, refranes y títulos de obras dramáticas ó cómicas, por los procedimientos de todos conocidos, dando motivo á peripicias de triunfos ó rechiflas. Al principio, se preguntaba y respondía en humilde prosa; pero á mí me cabe la impercedera gloria de haber introducido el verso en el diálogo, lo cual aumentaba la dificultad y la chacota. La mayor parte de los contertulios, entre los que se contaban Eduardo Inza, Mariano Pina, Ramón Cubero, D. Mariano Trives, Miguel Pastorido, Pepe Picón y otros, de feliz recuerdo, han hecho ya el viaje de la eternidad; pero como ramas del árbol de la *tertulia de Gaztambide*, de que éste era tronco, aún quedan Manuel del Palacio, Federico Henales, Pepe Casares, Emilio Alvarez, Adolfo Calzada, Isidoro Valero y algún otro que en este momento olvido; los cuales, si fueran preguntados, darán testimonio de que yo no sé mentir. ¡Qué mentir, ni exagerar siquiera! Era preciso haber visto aquel areópago para comprenderle. Allí todo el mundo se crecía al hierro, es decir á la necesidad de parecer menos

tonto de lo que era. La musa de la improvisación soplabá á veces hasta á D. Mariano Trives; y negándole sus favores, exarcebaba hasta el paroxismo los nervios levantinos de Ramón Cubero. Sólo en una ocasión estuvo amable con éste: *la noche de San Daniel*. Aquella memorable noche los tertulianos de Gaztambide se reunieron más pronto, buscando refugio contra las carreras, cargas de caballería y demás excesos. Venían todos torvos y pálidos, de indignación ó de miedo. Cubero llegó haciendo aspavientos, pues quería alzar las manos al cielo pidiéndole justicia; pero se lo impedía el dolor de un par de sablazos de plano que los guardias civiles habíanle propinado en ambos homoplatos. Se sentó de medio lado, pero á poco se incorporó febril y nervioso como la Pitonisa sobre su trípode, y prorrumpió en las siguientes redondillas, que copió y guardó Gaztambide como recuerdo de aquella triste noche:

«Óiganme con atención,
¡voto al moro Abindarráez!
Ramón se llama Narváez
y yo me llamo Ramón.
Desde este día cruel
¡juro por el Escamandro!
que me llamaré Alejandro
por no parecerme á él.
Ese general feroz
gasta hace tiempo peluca
desde la frente á la nuca,
por librarse de la tos...»

Aquí alzóse un murmullo, pues en efecto, los consonantes *feroz* y *tos* son algo licenciosos; pero Cubero, que no reparaba en pelillos, siguió diciendo:

«Mas ya, ni su nombre quiero
y renuncio al peluquín:
seguirá siendo hasta el fin
calvo, Alejandro Cubero.»

Prorrumpimos todos en un aplauso al actor patriota. Manuel del Palacio se levantó y le estrechó la mano, diciéndole:

«Chico, mi admiración yo te tributo:
no creí, ¡vive Dios!, que eras tan bruto.»

Aquellos versos eran tan épicos en labios de Cubero, que algunos atribuyeron la paternidad á Pastorido. Lo cierto es que desde entonces aquél no volvió á llamarse Ramón. He citado este botón como muestra de la *tertulia de Gaztambide*. A veces se presentaban en ella, como de pasada, algunos buenos puntos. Una noche entró Ricardo Zamacois con un chaleco muy largo, en ocasión en que Adolfo Calzado era el encargado de averiguar el título de la pieza «El niño perdido»; distribuyóse á Ricardo, para que la *embozase*, la segunda palabra, y Calzado le dijo:

«¡Caramba!, justillo de ante:
¡qué abrigado y qué elegante!»

Y el donoso actor contestó instantáneamente:

«Elegante sin aliño;
con la sencillez del niño
y el chaleco de un gigante.»

La gran diversión de la *tertulia de Gaztambide* no la constituían los que improvisaban bien ó medianamente, sino los refractarios á la metrificación repentina. Cuando les llegaba su turno, Trives se ponía rojo de vergüenza, Cubero trémulo, Pastorido balbuciente, y á Pedro Agüera, llamado D. Pedro el de los pavos (de quien antes me he olvidado), se le encrespaba el pelo, y fuera ó no asonante ó consonante, acababa todas sus improvisaciones con este verso:

«Porque yo soy un barbián.»

Gaztambide era de los más premiosos é improvisaba en estilo laberíntico cruzado.

Pero si era rebelde á la improvisación métrica, no lo era al piano. En las noches faustas, quiero decir, en las que había habido éxito en el teatro, el maestro

empresario improvisaba danzas macabras sorprendentes. La noche del estreno de *Pan y Toros*, que fué un exitazo como llovido del cielo sobre el árido teatro de la Zarzuela, sentado el maestro al piano y nosotros en ebullición, armóse tal zambra, que dejó éste de tocar, y levantándose exclamó con voz tonante: «¡No hagan ustedes barbaridades!» A fin de temporada leía el empresario la lista de las producciones estrenadas, cuyos títulos eran escogidos por la tertulia con una salva de aplausos ó silbidos, según el éxito que habían obtenido. El día de San Joaquín daba el anfitrión un banquete á todos los contertulios. Cuando la temporada teatral no había sido buena, los invitados quedaban reducidos á trece, para que se sentaran catorce á la mesa. Se elegían por suerte metiendo en un sombrero los nombres de todos, escritos en papelitos, que sacaba D. Mariano Trives, como más inocente; sin embargo, había chanchullos como en los plebiscitos. En la apertura de los Campos Elíseos, hoy deshechos, contrataron á Gaztambide para director de orquesta del teatro de Rosini, y el maestro, imitando en esto á los buenos matadores de toros, que no quieren torear sin su cuadrilla, exigió que toda la *tertulia* entrase *gratis* en los Campos. El teatro, la ría, los baños, el *restaurant* y las nacientes alamedas podrían decir, si existieran, lo que allí toreamos. La noche de inauguración del teatro Rosini, la orquesta obtuvo un éxito estrepitoso, y se oyó una voz en las alturas que exclamó: «¡Bien por el frac de alpaca!» aludiendo al que Gaztambide se había mandado hacer para dirigir en aquellas calurosas noches.

Bien entrada la primavera, la tertulia se instalaba en el vestíbulo del teatro de la Zarzuela, y cuando apretaba el calor, se salía á la calle; lo cual daba origen á variados incidentes. A veces llovían *cosas* sobre los tertulianos, que solían ser caramelos, bombones y otros dulces obsequios de las vecinas, muchas de ellas abonadas al teatro; pero también á veces las susodichas *cosas* no eran tan apetecibles. Cuando pasaron los tiempos ominosos y vino la revolución de septiembre, solía suceder que algún inspector *libre* nos preguntaba con qué derecho interceptábamos la vía pública, á lo cual contestaba el maestro que aquello no era vía ni pública, sino de la jurisdicción del teatro (como era verdad); y sin embargo, una noche fuimos llevados á la prevención, representando tipos de las Bienaventuranzas. En ocasiones, las escenas eran de otra índole, motivándolas algún inglés de algún tertuliano, ó alguna Dido abandonada, que envuelta en la sombra de la noche, buscaba á su Eneas fugitivo.

Todo aquello acabó para siempre, y yo lo he consignado en este pobre trabajo, por si me lee algún contertulio. En el propio teatro de la Zarzuela y en otras partes hubo después reuniones con pujos literarios y humorísticos: sólo sombra, reflejo, pleonasma paradójico de la *tertulia de Gaztambide*. Era éste el punto de intersección de aquellas imaginaciones y de aquellos caracteres. Roto el engaste del collar, unas perlas se perdieron en la muerte: las que quedan no volverán á reunirse.

Aquel conjunto ¡no hay quien lo beba!

F. MORENO GODINO

EL QUE MENOS CORRE... VUELA

HISTORIETA CONTEMPORÁNEA

No lejos de la *Grand Plage* de Biarritz, y en un pintoresco rincón poblado de risueñas quintas, se encuentra la *Ville Bonaire*, que se distingue de las in-

mediatas por la magnificencia del extenso parque que la rodea. Su dueña, la hermosa condesa viuda de***, acostumbra á pasar en ella largas temporadas en verano, no sólo por satisfacer la obligación de dejar á Madrid durante el estío, ineludible en ciertas clases sociales, sino porque apasionada de los encantos de la naturaleza se encuentra muy á su gusto en aquel nido coquetón semioculto por robustos pinos, en cuyas ramas jugueteaban las vivificantes brisas del Océano, que se extiende delante de la terraza del edificio.

A pesar de todo ello, es lo cierto que en el último verano Luisa, como la llaman sus íntimos, se aburría soberanamente, llegando al extremo para ella nunca visto de contar los días que le faltaban para regresar á su hotel de la coronada villa.

— Sabe usted que me extraña que no haya vuelto por aquí Núñez.

— ¿Quién?

— El pintor chileno que tomaba la vista del parque.

— ¡Ah, sí! ¡Vaya un tipo raro, con aquellas melenas!.

— Es un hombre muy original. La otra tarde cuando observó que yo me acercaba á curiosar, hizo como si no me viera. ¡Figúrese usted! Y luego al dirigirme la palabra contestó á mis preguntas atentamente, pero con cuatro frases cortas y secas, á estilo de telegrama; así que me retiré y le dejé á sus anchas.

— Eso demuestra escasa galantería; pero en los artistas no hay que extrañarlos, todos tienen mil rarezas.

Luisa hizo un movimiento de indiferencia y cogiendo un volumen que había al alcance de su mano sobre una silla inmediata á su butaca, se engolfó en la lectura de una producción de George Onhet, su novelista predilecto.

Pocos días después de la conversación referida anteriormente, el artista en ella mencionado encontrábase en el parque de la Villa Bonaire, atareado en reproducir sobre el lienzo que sostenía su caballete de campo un precioso punto de vista de la aristocrática posesión.

Con efecto, Rafael Núñez merecía el epíteto de tipo raro que le había aplicado madama Honorina. Nada de particular ofrecían su figura y su traje elegante y sencillo; pero en cambio su cabeza era digna de llamar la atención, no sólo por la ondulante y poblada barba que le llegaba hasta la mitad del pecho, sino por las largas melenas que á uso romántico descendían sobre el cuello de la camisa, formando como un marco á un rostro de color cobrizo, digno de un indio sudamericano. Añádase á esto unos anteojos de cristal ahumado y varias sortijas enriquecidas con gruesos brillantes, y se tendrá cabal idea de aquel personaje exótico que había sido presentado á la condesa por su buen amigo el anciano banquero don José Serrallonga, como hijo de uno de sus corresponsales de Santiago de Chile.

Por todo ello y más que nada por su discreta reserva, Luisa tenía viva curiosidad de conocer más á fondo al artista, y aquella tarde en cuanto le distinguió, desde sus habitaciones, engolfado en la pintura, bajó al parque y se encaminó hacia Núñez, que al verla llegar sonrió de una manera extraña.

— ¿Cómo va, señor pintor, dijo la condesa colocándose junto al caballete.

— Muy bien, señora, respondió aquél después de saludar con extremada finura; pero he estado algo delicado, lo cual me molestaba en gran manera, pues deseo terminar cuanto antes este paisaje y poder regresar desde luego á mi querido estudio de Madrid.

— ¿Tan mal se encuentra usted en Biarritz?

— Mal... no, señora, pero me propongo pintar un cuadro para la próxima Exposición, y aquí carezco de los elementos necesarios para ello.

— ¿No molestará á usted que yo curiosar su pintura?

— Nada de eso, así trabajaré con mayor gusto.

Entonces Luisa llamó á un criado que pasaba en dirección á la casa y le ordenó traer una silla que colocó de suerte que le permitiera ver la obra de Núñez, el cual había vuelto á su tarea, demostrando con la seguridad de sus pinceladas una maestría que no pasó inadvertida á la condesa, haciéndole exclamar:

— Va á resultar un paisaje encantador.

— ¿Le gusta á usted de veras?

— Muchísimo.

— Hace usted demasiado honor á esta *mancha*,



SU EMINENCIA, acuarela de José Moragas Pomar

— Sí, señora, me fastidio, me fastidio mucho, decía cierta tarde la condesa á madama Honorina, su respetable acompañante, que sentada en amplia mecedora á la sombra de una frondosa acacia del parque escuchaba á Luisa, entreteniéndola su actividad con una complicada labor de crochet.

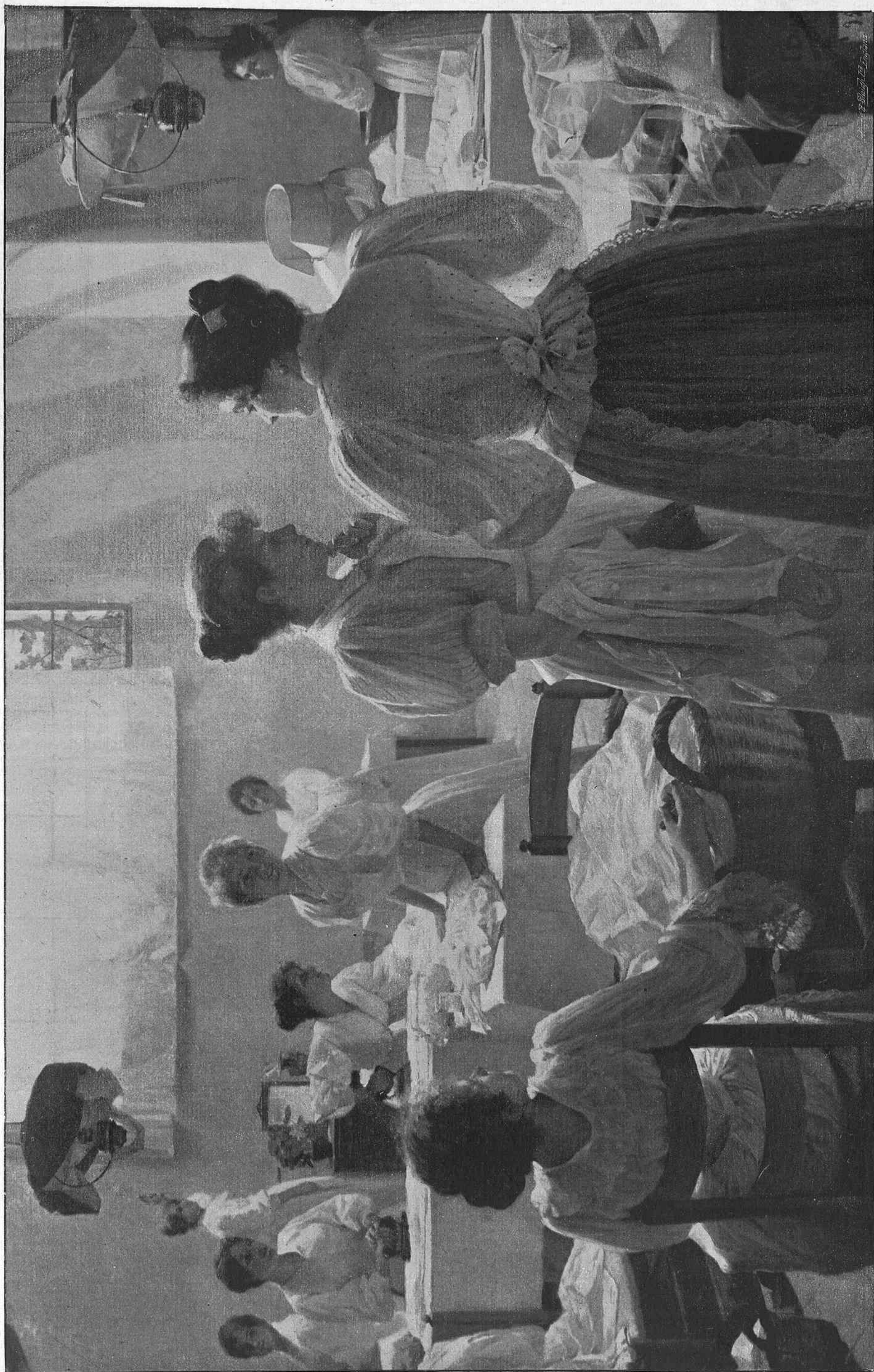
— Hija mía, observó Honorina, desde hace algún tiempo usted se aburre en todas partes.

— Indudablemente yo no estoy buena; á mí me falta algo, ¿pero qué?

— Lo que es libertad y medios para hacer lo que á usted se le antoje no será, replicó sonriendo maliciosamente la dama. Tal vez la soledad...

— La verdad es que este año con el alza de los cambios, ninguna de mis amigas se ha decidido á pasar la frontera. Mejor hubiéramos hecho en quedarnos en San Sebastián, como quería Elena.

Reinó un silencio de algunos instantes y luego la condesa exclamó de pronto:



LAS PLANCHADORAS, cuadro de R. Díaz y Olano (Exposición general de Bellas Artes de Madrid, 1895)



Premio sin goce, cuadro de Onofre Garí Torrent (Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1895)

mas ya que agrada á usted me permitirá que se lo regale.

— ¡Ah! Eso sí que no, replicó Luisa, asombrada de la extraordinaria locuacidad que aquel día demostraba el americano.

— ¿Y cómo no? Le gusta á usted, pues se lo queda y muchos años. Si por cualquier causa no hubiera podido hacer á usted este pequeñísimo obsequio en justa correspondencia á sus bondades, se lo diría de igual suerte, porque los artistas somos así, francos y campechanos.

Parecióle á Luisa inconveniente rehusar una fineza hecha con tanta espontaneidad, y se decidió á aceptar diciendo:

— Acepto, pero á condición de que yo corresponderé á su amabilidad de alguna suerte...

— Convenido. Justamente tengo que pedir á usted un favor que..., no sé, tal vez sea excesivo.

— Usted dirá, amigo mío.

Núñez dejó de pintar, y volviéndose hacia la condesa dijo:

— Permítame usted, señora, dos palabras á modo de prólogo. He dicho á usted que iba á pintar un cuadro para la Exposición nacional. Pues bien: ahora añadiré que deseo á todo trance obtener una primera medalla, no para satisfacer una vanidad que no siento, sino para ofrecérsela á una mujer encantadora á quien amo con todas las fuerzas de mi alma, á pesar de los obstáculos que nos separan, tal vez para siempre. Su recuerdo me ha dado fuerza y valor para vencer las contrariedades que dificultan los primeros pasos del artista; por ella he trabajado sin descanso y luchado sin tregua. Para ella quiero el premio.

— ¡Oh!, interrumpió Luisa, emocionada ante el calor con que Núñez se expresaba. ¡Qué feliz debe ser una mujer amada de tal suerte!

— Ahora bien, señora, ¿quiere usted ayudarme en mi empresa?

— Con toda mi alma, pero no comprendo...

— Es muy sencillo; se reduce á permitirme que haga un estudio de usted para la figura principal de mi cuadro. Nadie como usted realiza el tipo de hermosura, elegancia y distinción que he soñado para la protagonista de mi composición. No me niegue usted este favor.

La condesa, indecisa ante proposición tan imprevista, contestó:

— No sé si debo... No conociendo el asunto, temo adquirir un compromiso; y además...

La vacilación es muy natural. Oígame usted un instante y le explicaré el cuadro. Figúrese usted el *boudoir* de una dama aristocrática tapizado de raso azul; á la derecha, entre dos balcones, que medio

ocultan lujosos cortinajes con los blasones de la dueña de aquella mansión deliciosa, un mueble estrambótico de China, sobre el cual asienta un gran reloj de bronce, estilo Luis XVI.

Al llegar á este punto de la descripción, Luisa manifestó en su rostro la más viva sorpresa y murmuró:

— ¡Qué coincidencia tan especial!

— Lateralmente á los balcones, prosiguió el americano, que no dejaba de mirar á la condesa, riquísima chimenea de mármol de Carrara, en la que un célebre artista italiano esculpió graciosas cariátides que en parte desaparecen tras un *paravent* japonés decorado con esas flores fantásticas y esos pájaros de brillantes colores que sólo saben imaginar los bordadores de Yockoama y Tokio. Enfrente un diván y...

La condesa no pudo reprimir por más tiempo el asombro que demostraba al escuchar al pintor y le interrumpió diciendo:

— ¡Pero Núñez, está usted describiendo como si la hubiera visto una habitación de mi casa de Madrid!..

— Es una casualidad especial, pero que celebro, porque así puedo ocuparme ya del asunto en que intervienen sólo dos personajes: una señora, como usted, por ejemplo, y un joven vestido con la exageración de un figurín. La fisonomía de la heroína es de lo más difícil de pintar del cuadro, pues ha de expresar cierta indiferencia risueña, unida á una severidad irónica. ¿Comprende usted?

— Ni una palabra.

— Va usted á entenderlo todo en cuanto yo le diga las frases que el almirado joven escucha, inclinando la cabeza con aire marcado de contrariedad. La dama supongo que le dice: «Amigo Fernando...»

— ¡Fernando dice usted!, exclamó Luisa poniéndose de pie.

El americano se levantó también de su asiento, sobre el que dejó la paleta y los pinceles, y acercándose á la condesa dijo:

— Un poco de paciencia, termino en seguida. «Amigo Fernando: soy muy ambiciosa y deseo que mi marido sea algo más que un hombre rico y muy *pschut*, pero ocioso y frívolo á más no poder. Si usted fuese algo, si usted supiese algo de cualquier cosa que no fueran galanterías, *sport* ó tauromaquia, es posible que hubiera acogido de otra suerte sus pretensiones...

— ¡Basta, caballero!, interrumpió Luisa con visible enojo. Hace rato que se está usted riendo de mí. No sé lo que se propone usted, ni menos adivino cómo ha llegado á su conocimiento esta escena íntima, porque me resisto á creer que Fernando haya ido á referirla al Veloz ó á la Peña.

— No, condesa, contestó Rafael con dignidad.

Fernando es hombre de honor, y amaba á usted demasiado para llevar su nombre por los corrillos de los casinos. Fernando salió de casa de usted jurando vengarse, pero con una venganza que le diera ante sus ojos el valor de que carecía y que él reconoció lealmente.

— ¿Cómo?

— Estudiando desde aquel día con fervoroso entusiasmo, con inalterable constancia, con decisión pasmosa, cuanto le faltaba saber para lograr, si no el amor de usted, por lo menos sus simpatías. Gracias á esta tarea, heroica en un gomoso insubstancial, Fernando ha podido darse el placer de mistificar á usted, haciéndole creer que trataba con un artista de allende los mares.

— No acabo de comprender, dijo la condesa desconcertada.

— Pues qué, Luisa, replicó el pintor quitándose los anteojos, ¿tanto desfiguran estas melenas y un poco de color sobre la cara y las manos, que ya no me reconoce usted?

— ¡Fernando usted! ¡Quién lo creyera!

— Sí, dijo el joven arrodillándose ante la condesa: Rafael y Fernando, los dos se postran ante usted pidiéndole perdón por su venganza. ¡Luisa!, añadió con apasionado acento, amo á usted aún más que cuando me despidió de su casa; pero soy otro; por usted me he transformado de pies á cabeza, y mi firma, ya conocida en el mundo artístico, figurará mañana en primera línea si usted me alienta y me impulsa con su cariño.

En aquel momento oyóse rumor de pasos por las arenadas calles del parque, y entre los árboles apareció madama Honorina, acompañada de un caballero anciano. Ambos se detuvieron contemplando en silencio el grupo que formaba la condesa con Fernando arrodillado ante ella.

— ¡Por Dios, levántese usted!, exclamó Luisa al notar la presencia de su dama de compañía y del banquero Serrallonga. Estamos corriendo un ridículo espantoso.

Y trató de huir; pero el enamorado artista la cogió de una mano y la detuvo diciendo:

— No deje ir á usted sin que antes resuelva esta apelación que con nuevos méritos interpongo ante su corazón.

— ¡Jesús, qué pesadez! Pues bien, dijo Luisa enrojecida por la emoción: ha ganado usted el pleito con todos los pronunciamientos más favorables. Está usted vengado. ¿Qué más quiere usted?

Fernando se levantó y besó con entusiasmo la mano de la condesa. Luego volviéndose hacia los espectadores de la escena gritó:

— ¡Amigo Pepe, señora, vengan ustedes! He triunfado...

— Ya me lo esperaba, contestó el banquero corriendo á abrazar al joven, mientras madama Honorina, radiante de satisfacción, hacía lo propio con Luisa, diciéndole:

— ¡Ay, niña mía, cuán cierto es el refrán de que en este mundo «el que menos corre... vuelal...»

A. DANVILA JALDERO

LA POETISA AUSTRIACA BETTY PAOLI

Ya han descifrado el arcano de la muerte dos poetisas: la española *doña Faustina Sáez de Melgar*, que llamaba á las cartas autógrafas con que la honraba su reina Isabel II sus trofeos más queridos, y que después de sumergirse en el alma de la poetisa del dolor sentada en el trono de Rumanía, la melancólica *Carmen Sylva*, pasó á mejor vida en Madrid á fines de marzo de 1895, pero cuyo corazón ya inerte parece que palpita todavía en las dulces efusiones de imperecedera ternura; y la cantadora de las dolencias del alma mujeril, de su vida apasionada, de su lucha por la felicidad y de sus desengaños y derrotas, la cuya poderosa frente era el trono de altos pensamientos, la eminente poetisa austriaca *Bárbara Glück*, que se escondía bajo el seudónimo de *Betty Paoli*, á quien Grillparzer, ese heredero del genio de Schiller, contando á Lenau entre los vates húngaros, denominaba «el primer lírico de Austria» por haber sacado del mar de su sentimiento á la luz del día nítidas perlas y tenido la facultad de expresar en el canto con la belleza inmaculada de las melodías de Platen lo que sufrió, consistiendo su desgracia en estas dos palabras: «Era mujer y luchaba como hombre.»

La Providencia ha abrazado con amor igual, en la primera mitad de la centuria presente, al Norte y al Sur de Alemania, dando á ambas una poetisa de primer orden: al Norte la augusta, la rígida y varonil *Anita de Droste-Hülshoff*, que fué la mayor por su fuerza creadora, por su sentimiento de la naturaleza, por su genio épico, por su espíritu regio que evocaba las luchas, las alegrías y los dolores de días pasados; y al Sur la ardiente *Betty*

Paoli, que ya con su primer paso alcanzaba la cima del arte; la lírica por excelencia, que puso un monumento á su compañera de gloria *Anita de Droste-Hülshoff*, diciendo en una de sus poesías, que es el último adiós que dirigió á la cuya voz ya apagada continuaba vibrando en sus oídos, y que viviendo en Dios, embriagada de insólida ventura, ya veía el giro

eterno de los siglos: «Tu palabra era para mí la estrella lúcida que determinaba mi rumbo; no era el juguete vano de mi juventud, sino la bendición de mi edad madura; necesitaba yo años y dolores para comprender la alteza de tu alma, y al comparar con tu espíritu tan puro el mío tan inquieto, vi sonrojándome que el tuyo se enlazaba gustosísimo con el universo, mientras yo, presa en egoísmo vil, contaba las flores marchitas del árbol de mi existencia.»

Las composiciones de *Betty Paoli*, tan sonoras como delicadas, llenas de la música innata á la estirpe austriaca y de ardor meridional, tienen la poesía del otoño; para ella no había primavera de amor con sus cantos de mayo, con su poesía de rosas; aprendió á ser su propia auriga, y se resignó á aceptar cual divisa de su vida la palabra *sola*. El círculo de sus sentimientos es estrecho, pero éstos son entrañables y revelan una pureza del corazón que nos conmueve. El destino le negó un amor correspondido, dándole en compensación dos amigas sinceras y leales que aparecieron en su horizonte como estrellas clarísimas. Cuando con Lenau, Anastasio Grün, Carlos Beck, Alfredo Meissner y Mauricio Hartmann empezaba en Austria una risueña primavera de cantos, mezclábase á aquel coro una hermosísima voz mujeril, la de la joven *Betty Paoli*, que ya en 1832, á la edad de diez y seis años, manejaba el verso con sin par seguridad, diciendo á los hombres de su tiempo: «Al escarnecer á las mujeres, os escarnecéis vosotros mismos, pues el corazón de las mujeres se parece á un espejo puro; éste es inmaculado, pero la imagen sois vosotros. ¿Qué culpa tiene el vidrio si ésta no gusta? Los corazones de las mujeres se parecen al diamante no pulido: cuando una mano de artista le forme, despedirá centellas clarísimas, arrojará ondas de esplendor cual mar encendida.»

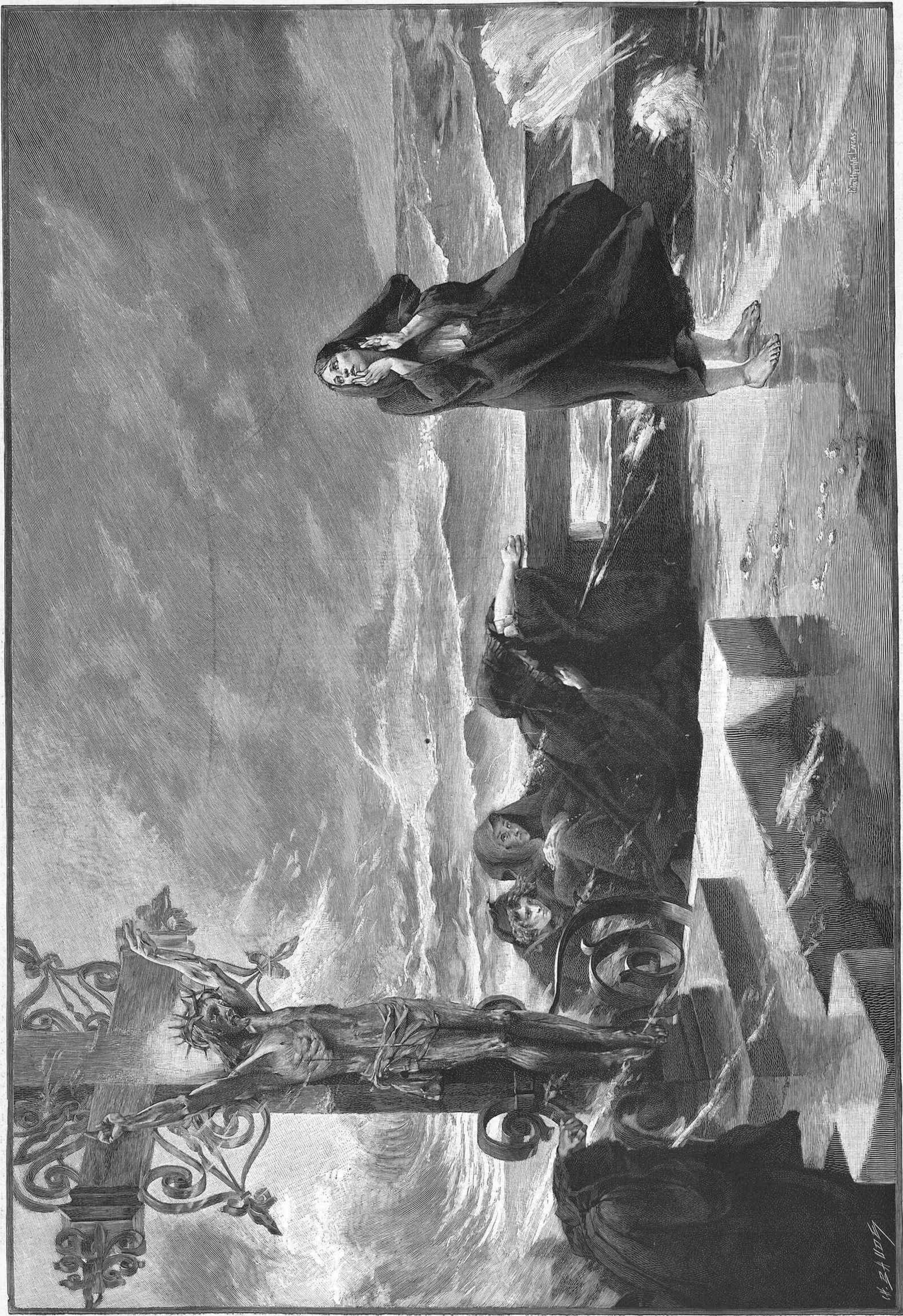
Pero aquella voz dulcísima se enmudeció pronto, y aunque el nombre de *Betty Paoli* continuaba brillando en Viena como el de la última representante de una gran época literaria, apreciándose en su patria su fuerza lírica y su gracia, se hundieron sus obras en el olvido de los contemporáneos. Dice Goethe: «Lo que la vida no tributa sino á medias, la



EL SUEÑO DE UN ÁNGEL, cuadro de W. Roegge



Están verdes, cuadro de Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Bellas Artes de Madrid, 1895)



EL FULGOR MISTERIOSO (superstición bretona), cuadro de Félix Hipólito Lucas (Salón de los Campos Elíseos de París, 1895)



EN EL BALNEARIO, dibujo de Narciso Méndez Branga

posteridad debe de tributarlo enteramente.» Pero á *Betty Paoli* no tributaba la vida sino una gloria vacía, la grandeza tradicional de su nombre. Su primer tomo de poesías, que salió en 1841 y en el que hablaba con una pasión inaudita en una mujer de sus sentimientos eróticos, de los engaños de su primer amor, ha desaparecido de la publicidad: el libro quedó desconocido, pero popularizó el nombre de su autora, abriéndola el camino á la casa de un rico banquero vienes que la eligió por compañera de su esposa y donde la poetisa conoció á los Grillparzer y al barón de Feuchterleben.

Betty Paoli era una genuina hija de Viena, bella, graciosa, ardiente. Su humor delicioso y su amabilidad seductora la hicieron el imán de la sociedad cuando no prefería hacer de fatídica Casandra. Parecía más apta para vivir novelas que para escribir las.

Nació en Viena el 30 de diciembre de 1815; su padre fué médico militar. Criada en la abundancia, probó después de perder su padre y al pasar de la niñez á la adolescencia las amarguras de la miseria, y recorrió con su madre las soledades de Rusia. De regreso á Viena, aceptó el cargo de institutriz, poseyendo el francés, el inglés, el castellano y el italiano. Entró en las esferas más altas de Austria como compañera y amiga de la viuda del príncipe de Schwarzenberg, el célebre *feldmarschall*. No la impidieron sus deberes sociales cultivar las letras, sino que como el insigne director de la Academia Mexicana de la Lengua D. José García Icazbalceta, cuyo bello mote nos dice *Otium sine litteris mors est*, nos mostraba la lámpara siempre encendida. Seguido del tomo de poesías que la colocaron en primera línea entre los poetas austriacos, compuso *Después del temporal* (otra colección de poesías) y cuatro poemas épicos titulados *Romancero*. Más tarde publicó *Nuevas Poesías*, y por último, en 1869, *Novísimas Poesías*. Además escribió una preciosa obra referente á las *Galerías de Pintura de Viena*, un estudio crítico sobre Grillparzer, numerosos artículos acerca de las funciones del *Burgtheater* de Viena y una colección de novelas tituladas *El mundo y mis ojos*.

Su septuagésimo cumpleaños revelaba las grandes y muy justas simpatías de que gozaba en los altos círculos sociales de la capital de Austria, cubriéndose de mil firmas el álbum que la ofreció la ilustre novelista María de Ebner-Eschenbach.

De 1855 á 1894 la poetisa trató á la señora Ida Fleischl de Marxow, en que apreciaba y amaba su mejor joya, su médica, su consuelo, y después de tantas tempestades halló el puerto seguro.

Murió en la noche del 5 de julio de 1894 en Baden, próximo á Viena. El afamado actor José Lewinsky, gala y ornato del *Burgtheater*, la dirigió el último adiós en un sentido discurso pronunciado el 24 de enero de 1895 en la sesión solemne que celebró en Viena la *Asociación de Estritoras y Artistas* para honrar la memoria de *Betty Paoli*.

JUAN FASTENRATH

NUESTROS GRABADOS

Beethoven, estatua de F. Jerace. — El autor de esta escultura, oriundo de Calabria y residente en Nápoles, dióse á conocer ventajosamente en París hace algunos años con su grupo *Eva y Lucifer*; al poco tiempo fueron admiradas y premiadas sus obras *Victoria* y *Germánico*. Suyas son también la estatua de Víctor Manuel, una de las ocho que adornan la fachada del palacio real de Nápoles, el monumento erigido en Catanzaro á la memoria del filósofo y crítico Francisco Fiorentino, *Bruttia* adquirida recientemente por el rey de Italia y otras no menos notables. La que hoy reproducimos y que representa al gran compositor en actitud de madurar alguna de sus admirables producciones, es una estatua vigorosa, como todas las que salen de manos de tal artista: el carácter del autor de la *Pastoral* está maravillosamente interpretado; en ella se refleja el genio del músico inmortal cuyas obras han sido y serán siempre consideradas como clásicas. Esta escultura figuró con otros dos de distinto género en la última exposición internacional de Venecia.

Su Eminencia, acuarela de José Moragas Pomar. — El autor de esta obra es ya conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: cuando publicamos su *Masia catalana* y su *Doncel florentino* en los números 631 y 634 respectivamente, hicimos notar las buenas cualidades que posee el joven artista. Estas cualidades aumentan de día en día, notándose visiblemente los rápidos progresos del Sr. Moragas en el arte que cultiva, como lo prueba la acuarela *Su Eminencia*, composición bellísima en la cual se admira tanto la corrección del dibujo cuanto lo justo de las entonaciones y se advierten esos toques que revelan un verdadero talento pictórico.

Polyxena, viuda de Stambuloff. — La que fué compañera del estadista búlgaro bárbaramente asesinado hace poco más de un mes, cuenta veinticinco años y es de rostro muy agraciado, de figura distinguida y elegante porte. Educóse en el Sagrado Corazón de Bukarest, de donde es hija, y luego en Dresde, pasando después á Sistowo, en donde se había establecido su padre, rico comerciante. Allí la conoció Stambuloff, casándose á los pocos meses con ella. Después del asesinato de su marido se ha retirado á sus posesiones de Rumanía, en donde piensa residir una larga temporada, transcurrida la cual se pro-



Polyxena, viuda de Stambuloff

pone regresar á Bulgaria para cumplir los deseos de su esposo de que sus hijos se eduquen como verdaderos búlgaros y buenos patriotas. Su conducta durante los últimos momentos de Stambuloff prueban la excelencia de su corazón y el amor que hacia él sentía; su actitud respecto del gobierno búlgaro después de la muerte de su marido demuestra el temple de su alma y la energía y dignidad de su carácter.

Las planchadoras. Premio sin goce. Están verdes, cuadros respectivamente de R. Díaz y Olano, Onofre Garí y Torrent y Tomás Muñoz Lucena (Exposición general de Madrid, 1865). — Del primero de estos cuadros ocupóse en una de sus revistas nuestro colaborador Sr. Balsa de la Vega, por lo que nada hemos de añadir á lo que éste dijo acerca del mismo. *Premio sin goce*, del Sr. Garí Torrent, representa una casa de pescadores de la costa catalana en el momento de recibir la familia el petate del hijo que fué condecorado y muerto en acción naval: esta ligera explicación del asunto basta para comprender con cuánto acierto ha sabido tratarlo su autor, dando á cada una de las figuras la expresión apropiada para que juntas formen una nota de sentimiento admirable, avalorada por una ejecución digna de las mayores alabanzas. El cuadro *Están verdes* justifica una vez más los elogios que en distintas ocasiones hemos tributado al Sr. Muñoz y Lucena: hay en él ese derroche de vida, de luz, de color y de gracia, que constituye la característica del distinguido pintor cordobés, el cual imprime en sus obras esos tonos cálidos y vigorosos tan propios de la tierra andaluza y pone en ellos la gracia que á manos llenas derramó el cielo sobre las gentes y las cosas de tan hermosa región de España.

El sueño de un ángel, cuadro de W. Roegge. — Asunto es el de este cuadro que ha sido motivo de inspiración para muchos pintores; pero aun cuando, por lo mismo, resulte un tema gastado, siempre se ve con gusto, ya que en él se sintetizan dos de los sentimientos más simpáticos al hombre, la inocencia del niño y el amor y la solicitud de una madre, que tan acertadamente ha logrado expresar el pintor alemán Roegge.

El fulgor misterioso (superstición bretona), cuadro de Félix Hipólito Lucas. — Se conserva de muy antiguo en las costas de Bretaña una superstición según la cual si un marino se halla en peligro de muerte, uno de sus más próximos parientes percibe de pronto un fulgor misterioso. En esta creencia popular está inspirado el cuadro de Lucas, que nos presenta á la orilla del agitado mar un grupo de mujeres, una de las cuales ve aparecer de repente la extraña luz en el Cristo que se alza en la playa. La obra del eminente pintor francés figuró en el último Salón de los Campos Elíseos de París y fué con justicia muy admirada por el público y muy celebrada por la crítica.

En el balneario, dibujo de Narciso Méndez Bringa. — Aparte de los méritos que desde el punto de vista técnico encierran, las obras de nuestro querido colaborador tienen un encanto especial que las hace simpáticas como pocas: observador del natural, devoto serviente de la verdad, el señor Méndez Bringa sólo se ocupa en lo que la verdad le ofrece de bello y agradable, y dejando á otros el cuidado de reproducir miserias y fealdades, traslada al papel ó á la tela únicamente lo que más grado puede ser á los ojos por su distinción, por su hermosura, por su elegancia. Por esto sus composiciones cautivan; por esto encontramos tanta gracia en sus mujeres, tanta poesía en sus paisajes, tanta alegría en sus cuadros de costumbres; por esto, en suma, ha conseguido, en poco tiempo relativamente, colocarse á la altura de nuestros mejores dibujantes y conquistarse el aplauso de la crítica y las decididas simpatías del público.

La hija del pastor, agua fuerte de R. de los Ríos. — El autor de esta obra, nacido en Valladolid y residente desde hace muchos años en París, es á la vez pintor y grabador distinguidísimo, cuya colaboración solicitan todas las revistas parisienses en que se publican grabados al agua fuerte, que son su especialidad. Figuró dignamente en la última exposición celebrada en Venecia con dos obras de este género, un retrato de Garibaldi, prueba tirada en pergamino, y *La hija del pastor*, sobre cartulina japonesa: esta última, que reproducimos, es una delicadísima composición campestre, cuyas bellezas fácilmente advertirán nuestros lectores.

Federico Engels. — El día 5 de este mes falleció en Londres este gran propagandista que con Carlos Marx fué el fundador del socialismo científico. Nació Engels en 28 de noviembre de 1820 en Barmen (Prusia), asistió á la Escuela real de aque-

lla ciudad, en donde adquirió grandes conocimientos en ciencias naturales y estudió la filosofía de Hegel, que había de servirle de arma para el porvenir, y á los diez y siete años de edad dedicóse al comercio. En 1842 envió su padre á Manchester y allí comenzó sus trabajos para convertir el socialismo utópico en socialismo científico, escribiendo en este sentido varios artículos que se publicaron en importantes revistas inglesas y francesas. En 1844, cuando regresaba á Alemania, conoció en París á Carlos Marx, y desde entonces una amistad estrecha unió á ambos publicistas. En Barmen terminó su obra *Situación de las clases trabajadoras en Inglaterra*. Desde 1845 hasta 1848 residió en Bruselas y en París, y en 1847 tuvo la representación de los miembros parisienses en el congreso que celebró en Londres la *Liga de los Justos*. Convertida ésta posteriormente en *Liga de Comunistas*, perdió el carácter de sociedad secreta y dedicóse á la propaganda franca, recibiendo Engels y Marx el encargo de redactar el oportuno manifiesto, en el cual se preconizó la unión de los proletarios de todo el mundo y que aun hoy día se considera como el catecismo de las doctrinas socialistas. Cuando se inició en Alemania el movimiento de Marzo, Marx y Engels fueron á Colonia, en donde publicaron el *Nuevo periódico del Rin* hasta 1849 en que el periódico fué suprimido por el gobierno. Fracasado el levantamiento de aquel año, Engels huyó á Suiza y luego á Londres, en donde se reunió con Marx, reanudando allí la publicación del *Nuevo periódico del Rin* como revista mensual y preparando con la palabra y con la pluma la transformación social. En 1864 Engels hubo de marchar á Manchester para ponerse al frente de una fábrica de su padre en calidad de socio de éste, mas no por esto dejó de estar en continua correspondencia con su amigo. Durante su permanencia en aquella ciudad dedicóse á estudiar táctica é historia de la guerra y al propio tiempo filología comparada.

En el entretanto iniciábase en todo el continente el movimiento obrero y se fundaba en 1864 en Londres la Internacional: Engels, que de nuevo había abandonado sus negocios y establecido en 1870 en Londres, fué nombrado en 1871 secretario de aquella poderosa asociación para Bélgica y España primero y para Italia y España después.

Al morir Marx en 1883, Engels consideróse como su ejecutor testamentario, completando y publicando en 1885 el segundo tomo y en 1894 el tercero de la obra *El capital* y la tercera y cuarta edición del primero.



Federico Engels, fallecido en 5 del corriente en Londres

Entre las principales obras de Engels merecen señalarse, además de las citadas, la *Evolución del socialismo desde la utopía á la ciencia* y *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — PARÍS. — El barón Edmundo Rotschild ha regalado al Museo del Louvre el tesoro de antigüedades de plata que hace poco se encontró en Bosco Reale, junto á Pompeya, y que aquél adquirió por 50.000 francos. Ese tesoro data del siglo primero de la era cristiana y se compone de una porción de piezas preciosas, entre las cuales sobresale como rareza especial un jarrón con una danza macabra cuyos esqueletos llevan nombres de poetas griegos. El gobierno italiano ha encausado al propietario del terreno en que aquellos objetos fueron encontrados por no haber dado aviso del hallazgo y por haber permitido la exportación subrepticia de antigüedades.

Teatros. — Barcelona. — El estreno en el Tivoli de la ópera española del maestro Bretón *La Dolores* ha sido un verdadero acontecimiento: la hermosa partitura del ilustre autor de *Los amantes de Teruel* ha sido acogida con gran aplauso por el público, habiendo producido delirante entusiasmo las principales piezas de la misma, como el pasacalle, jota y final del primer acto y el preludio y dúo del tercero, que merecen contarse entre las obras más inspiradas y más grandiosamente concebidas de la música española. En la ejecución se hicieron aplaudir con justicia la señorita Montilla y los Sres. Simonetti, Alcántara, Sigler, Mestres y Visconti: los coros y la orquesta, admirablemente. La obra ha sido concertada por el Sr. Pérez Cabrero y puesta en escena con toda propiedad; las decoraciones y los figurines son respectivamente de artistas tan renombrados como los Sres. Busatto y Labarta.

Necrología. — Han fallecido: Pablo Alfredo Parent de Curzon, paisajista francés, notable representante de la antigua escuela de paisaje. Francisco Perulochner, pintor tirolés, conocido por sus cuadros religiosos.



Al oír que daban las diez, levantóse y me besó conmovido

LA SEÑORA FLORENT

NOVELA ORIGINAL DE CAMILO BRUNO. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

VII

Algunas veces ocurren en pocos instantes acontecimientos de tal importancia, que se creería que ha sido necesario un siglo para su realización. Cuando sonó la hora de mediodía, nos causó el mayor asombro reconocer que el día no había terminado, y que aún era tiempo de ir á Blois. Se volvió á ensillar el pobre caballo, que seguramente no esperaba esto, y Simón montó al punto.

— No se mueva usted de aquí, me dijo, y si viniesen para arrestarla, no tema nada, pues apenas se anuncie nuestro matrimonio la pondrán en libertad; pero esto sería una complicación, y voy á evitarla si puedo.

— Si publicases las amonestaciones...

— Es factible; toda formalidad se abrevia fácilmente en el tiempo que corre.

— ¿Qué dirán tus amigos? Vas á ser sospechoso para ellos al casarte conmigo.

— Nada de eso; creerán que hago un negocio y que mi objeto es asegurar la posesión incontestable de Malpuy.

— Entonces todo irá bien. Buena suerte y vuelve pronto.

Jinete y caballo habían desaparecido hacía largo tiempo, y aún estaba yo en el umbral de la puerta contemplando el horizonte. De improviso observé que las nubes de color plomizo, iluminadas por un rayo de sol, acumulábanse para enviarnos otro chu-

basco, mientras el viento soplabá con fuerza en la llanura. Las brisas refrescaban mi frente, y mi corazón estaba alegre. Tan sólo el condenado que siente el contacto de la fría hoja del cuchillo podría comprender lo que yo experimentaba entonces. Durante algunos meses había vivido bajo la presión de un peligro posible, y ahora, no sólo me libraba del que era inminente, sino que podría respirar con desahogo, salir, hablar y entregarme al sueño sin temor de una alarma. Tan viva era mi satisfacción que olvidé la siniestra noticia publicada por los diarios... ¡Pobres víctimas de Septiembre, perdonad este crimen á mi juventud!

Mi aya había vuelto también á la vida; una copita de ron hizo pasar muy pronto su desvanecimiento, y entonces se mostró singularmente locuaz. El día tocaba á su fin, y la solterona no había agotado aún su provisión de argumentos contra mi supuesta locura.

— Piense usted, señorita, decía, que ese joven nos ofenderá con sus groseras costumbres.

— Pues cambiaría mucho, porque desde que vivo bajo su techo se ha conducido en la vida diaria más convenientemente que nuestros pisaverdes en las ocasiones de aparato.

— Los hijos de usted se parecerán algo á la difunta madre de Simón; tendrán las mejillas toscas y olerán á cebolla desde su nacimiento.

— Serán sanos y robustos, lo cual no es frecuente entre nosotros.

— ¡Vamos! Ese camastrón ha conducido bien el asunto, y realiza un sueño dorado al casarse con usted.

— No se ha de olvidar que yo no tengo títulos ni bienes. Mi persona podrá ser una compensación para nuestro protector, y me place extinguir así mi deuda. Por otra parte, se trata de vivir, y no me queda la elección de los medios. Me atrevería á decir que en mi lugar cualquiera otra haría lo mismo, y usted la primera. La creía á usted poco valerosa; mas veo que para mis peligros tiene un alma indomable.

— Señorita, aun temiendo la muerte, se la puede preferir á ciertos sacrificios.

— ¡Ah, sí! Pues en este punto diferimos, amiga mía. Yo no tiemblo cuando la tempestad ruge; pero si mi nave zozobra, cojo la boya que me ofrecen.

— ¡Y si al menos se asegurase la salvación de usted mediante ese sacrificio!

— Veo que aún no ha comprendido usted la situación; voy á explicársela de nuevo.

Y por última vez le demostré la conveniencia de un matrimonio desigual; después de esto nos separamos; mas á las pocas horas pude cerciorarme de que la había convencido.

Ya me preparaba para cenar, cuando la solterona entró en mi aposento con expresión digna y aire solemne.

— Hija mía, me dijo, he reflexionado maduramente sobre la situación de usted, y no puedo ni debo permitir ese holocausto. Buenas son las razones que antes me dió, y las admito. Usted quiere que Simón sea recompensado por una brillante alianza de cuanto ha hecho en nuestro favor, y lo será. Los dioses quieren una víctima, y la tendrán; pero no ha de ser usted, sino yo, quien consuma el sacrificio. Como usted, soy de elevada cuna; el capítulo que otorgó mi canonicato exige treinta y cuatro cuarteles de nobleza, y Simón no perderá en el cambio.

Aquel era día de sorpresas; pero la ocurrencia de la solterona excedía á todo. Digamos para gloria mía que yo no vacilé; mas para no soltar la carcajada, me mordí los labios hasta hacerme sangre cuando la solterona pronunció estas palabras épicas: *Simón no perderá en el cambio.*

— La vida de usted no estará por eso menos salvada, continuó Pamela. Simón obtendrá fácilmente un pasaporte á nombre de su mujer; usted se servirá de él en mi lugar, y mientras que yo habitaré en la Coudraie, usted irá á reunirse con la baronesa de Lois en Alemania.

Aquella loca lo había previsto todo, y me ofrecía cándidamente los riesgos; reservándose las seguridades; mas no era la cobardía su único móvil. Cierta diablillo travieso estimulaba su epidermis de virgen madura, y atendida la arrogante presencia de Simón, el sacrificio le era muy apetecible. Todo esto me pareció tan chistoso, que agradecí á la solterona aquel rato de comedia. Por eso tuve consideraciones con su vanidad: contesté á Pamela con la mayor formalidad del mundo que mi carácter convenía mejor que el suyo al de nuestro protector; que éste quería casarse conmigo, principalmente porque codiciaba mis tierras, y que por tal motivo el cambio era imposible. Pamela se mordió los labios, y abstuvo de toda protesta; pero durante dos días me guardó rencor.

Simón volvió de su corto viaje muy cansado, pero también muy satisfecho. El anuncio de su casamien-

to había complacido á todo el mundo, y las amonestaciones debían publicarse al día siguiente en Menars, pequeño distrito situado entre Blois y Malpuy. José Royere había prometido atender á todo, y sería nuestro testigo con su primo el juez de paz. Los de Simón serían dos ancianos leñadores, tíos de su madre, que vivían en una casa de retiro situada en los alrededores.

— Has obrado bien y pronto, dije á Simón; sepamos ahora cuándo quieres casarte.

— Creo que cuanto antes mejor. Hasta entonces será usted siempre sospechosa, porque, naturalmente, no todos han creído mi noticia.

— ¿Y por qué naturalmente? ¿Qué tiene de extraño que yo quiera llamarme señora?.. Tú debes tener otro nombre, como todo el mundo, y es curioso que yo me haya comprometido á llevarle sin conocerle.

— No es bonito, señorita, pero tampoco ridículo. Me llamo Simón Florent.

— Pues será señora Florent, porque según creo las campesinas no se dejan llamar ya señoritas, como era costumbre bajo el antiguo régimen.

— Usted no será una campesina, sino la castellana de Malpuy; mis bienes serán en adelante los suyos, y usted tiene ahora doblemente derecho á ellos.

— ¡Hum! Ese derecho es litigioso, pero consiento en admitirlo. En recompensa, ayúdame á dejar una costumbre que no cuadra ya con nuestras relaciones. No sienta bien que yo te tutee; es una señal de inferioridad, y yo no quiero imponértela. Ya eres igual á mí, y hasta podrías titularme mi amo; de modo que desde hoy en adelante te daré el tratamiento que tú me das.

Simón protestó por fórmula; pero comprendí que su dignidad masculina quedaba satisfecha con este nuevo arreglo.

Fijé nuestro casamiento para el 23 de septiembre, y propuse escribir yo misma á José Royere para notificárselo.

— Hará usted muy bien, dijo Simón, pues tal vez le debe la vida. Yo no le había dicho nunca nada de usted á fin de no hacerle vacilar entre su civismo y su amistad; Escipión suministró al tribunal indicios por los cuales se ha descubierto todo, y entonces fué cuando Royere me envió un billete por su hijo.

— Y yo sé lo demás, repuse sonriendo. Está muy bien el Sr. Royere podrá ver mis garabatos, y le daré mi mano á besar el día de la boda. ¿Quién tendrá el honor de casarnos?

— El alcalde de Menars, Clemente Porcher.

— ¿El curtidor? ¡Bah! Me inundaré de esencia de bergamota. ¿Y el cura? ¿Tendrá buen aspecto?

Simón pareció sorprendido.

— ¿El cura? repitió. Si usted se empeña, sea; pero yo creía que...

— ¿Que un cura juramentado no sería de mi gusto? Ciertamente no me agradan los cobardes, y todos lo son en las filas de usted; pero en fin, prefiero un cura temblón á no tener ninguno.

— ¡Dios mío! Señorita, creo que la presencia del alcalde bastará para formalizar nuestro casamiento á los ojos de todos.

— Pero no á los míos, Simón, y hasta me extraña que tenga usted la menor duda sobre este punto.

— Pero señorita..., no se trata de un verdadero casamiento, y tendrá usted más trabajo para deshacerle después si la iglesia interviene en él.

Esta contestación me dejó perpleja, y no comprendí el sentido.

— ¿Deshacerlo? ¡Pero usted sueña, Simón! Yo no puedo ni quiero deshacerlo, y no sé qué significa esa broma.

Es probable que á pesar mío hubiera tomado mis aires de gran dama, pues el pobre mozo quedó cortado.

— Veamos, señorita, repuso, supongamos que se produce una reacción...

— ¿Una reacción? ¿Se burla usted? Cada día se marca un nuevo paso hacia el anarquismo...

— Precisamente; la Revolución toca en su apogeo, y más pronto ó más tarde, cansados de una ira sangrienta, los ánimos se volverán hacia el antiguo estado de cosas. Luis XVI recobrará el poder, y si no es él será algún otro...

— ¿Y qué sucederá en tal caso?

— Que el rey no aceptará este matrimonio, y lo anulará.

— ¡Desafío á que lo haga!

— Usted misma lo deseará, y así es como yo lo entiendo. Desde largo tiempo sé que anda por el mundo un prometido digno de su mano, y él podría reclamarla en alta voz sin la menor intención preconcebida. Yo no le disputaría su derecho; el rey devolvería á usted sus dominios, sus títulos y privilegios, y cada cual de nosotros volvería á ocupar el puesto que le corresponde. Yo no he considerado nunca

nuestro casamiento sino como un medio de salvación sin consecuencia; y si hubiera sido de otro modo, jamás habría tenido la audacia de proponérselo... Creía habérselo hecho entender así.

Entonces comprendí, y el rubor de la indignación coloreó mis mejillas.

— Ahora es, Simón, repuso, cuando la audacia de usted me ofende. Me propone una comedia, unirse conmigo para siempre, deberle el pan, el hogar y la vida, y apartarme de usted el día en que encuentre mejor partido. ¿Por quién me ha tomado? ¿Piensa usted que haya comprometido mi fe sin haber roto toda promesa anterior? Entre el Sr. de Formont y yo no hay ya nada de común; es libre como yo lo era aún esta mañana, y como volveré á serlo si usted se atreve á ofrecerme lazos ilusorios.

— Tiene usted un alma noble, contestó mi protector con emoción; noble es usted también por su cuna y su proceder, y me honra mucho al aceptar mi nombre, aunque no sea más que por una hora.

— Pues una joven noble no regatea, Simón; toma la palabra que la compromete en su acepción más lata, y ó será realmente la esposa de usted, ó arrostraré las probabilidades de morir bajo la guillotina. Elija usted.

Simón fijó en mí una mirada de adoración infinita, y besándome la mano, contestóme con encantadora timidez:

— Será usted obedecida.

No convenía ya que Simón me sirviese á la mesa, y desde el día siguiente sentóse á mi lado. Desde luego eché de ver que se conducía con torpeza, y que comía con temor, observándose para no tener descuidos. Como no quería coger el vaso con las dos manos, dejó caer algunas gotas de vino sobre la mesa, y al ver este desastre dirigióme una mirada tan ansiosa que las lágrimas asomaron á mis ojos. Como era natural, le dejé creer que no había visto nada; pero todos los esfuerzos que hizo por mí se grabaron dulcemente en mi memoria. Yo, que con mi espíritu burlón había dispensado á tan pocas personas, noté con mirada conmovida todas las torpezas de que Simón se corrigió poco á poco; y aquel hombre tan fuerte, que temblaba por el temor de hacer sonreír á una muñeca de la corte, me conmovió más de lo que se podría imaginar.

Cuando volví á mi aposento encontré una caja dirigida á mi nombre; abrila, y cuál no sería mi sorpresa al ver todas las alhajas que yo había dado á Simón para pagarle mi hospedaje.

— Tómelas usted, me dijo Pamela; Simón lo desea así, y me ha encargado que se lo participe; aceptaba esas joyas para que usted no se incomodase; mas proponiéndose devolvérselas algún día: ellas constituirán su canastilla de boda.

Iba á contestar, cuando de pronto llegó á mis oídos el rumor de una conversación, y poco después mi protector entró con aire entristecido.

— ¿Qué ocurre?, le pregunté.

— Es que ahora se nos impone una enojosa formalidad. Habiendo sabido mis colonos nuestro próximo matrimonio, desean ofrecer á usted sus cumplidos. Son unos buenos compañeros, pues aunque muchos habían adivinado el nombre de usted, ninguno le ha descubierto, y yo no quisiera disgustarles. Por eso he permitido que en nombre de todos venga la decana del caserío, digna mujer que ha dado veinte hijos al mundo, para decir á usted dos palabras de amistad.

— ¡Recibámosla pronto! Es lo menos que se puede hacer.

Corrí á la sala, y allí encontré una extraña viejecita, amarilla y arrugada como un pergamino reseco, y que me recibió con los brazos abiertos.

— ¡Hola, querida señorita!, exclamó con su gracioso lenguaje, no contaminado aún por las fórmulas revolucionarias. ¡Qué ama tan linda vamos á tener aquí! Y honrada y buena, según nos ha dicho su futuro. ¡Ah, querido amo, bien se merece esto de verdad! No hay hombre mejor que él en toda la tierra.

— Es muy cierto, contesté, y me alegro mucho de haberle aceptado por esposo. Dígaselo usted así á los que la envían.

— ¡Cáspita, ya lo creo que puede usted estar contenta! Simón es bastante buen mozo para que cualquiera joven enloquezca por él.

Y bajando la voz, añadió:

— Cuando la vi á usted venir á la Coudraie, me dije: «Esto acabará por un casamiento;» y he acertado. ¡Ah, no, no hay que compadecerla!

Yo estaba un poco perpleja; me sorprendía, aunque sin disgustarme, que se me felicitase tanto en vez de darle la enhorabuena á él. Ofrecí á la buena mujer una cruzecita de oro y una bolsa llena para que todos bebiesen á mi salud, y después de cruzar algunas palabras más, se marchó repitiendo:

— ¡Sí, seguramente voy á decirles que el amo ha encontrado una mujer digna de él.

Los días pasaban rápidamente. En las inmediaciones habíanse practicado algunas detenciones, y preparábanse otras á la sordina. Solamente yo estaba al abrigo de todo temor, y esto me hubiera sonrojado si varias ocupaciones importantes no hubiesen absorbido mi pensamiento; preparaba mi traje de boda, y quería que fuese rigurosamente como el de nuestras arrendatarias ricas, debiendo reconocerse tan sólo mi calidad por la finura de las telas.

La solterona observaba estos preparativos con tristeza.

No habiendo encontrado un novio con zuecos, la pobre mujer debía desempeñar hasta el fin sus funciones y seguirme hasta el altar á título de criada. Como en otro tiempo había tratado mucho con la gente del pueblo, temía que la reconociesen, ahora que vivíamos con las puertas abiertas, y en su consecuencia llevaba una peluca negra, cuyos rizos, cayendo sobre sus pestañas pintadas, realzaban más su acostumbrada fealdad. Habíamos obtenido para ella un pase, y José Royere, que se proponía marchar á Londres apenas efectuada la boda, había prometido entregarla sana y salva en manos de los amigos que la esperaban. Tantas emociones en perspectiva no eran lo más propio para alegrar á una mujer de carácter tan apático como el suyo.

Más triste aún estaba mi prometido: bajo los más absurdos pretextos ausentábase por el menor motivo; cuando volvía á estar frente á mí, me costaba mucho hacerle pronunciar dos ó tres palabras, y cuando le era posible, iba á encerrarse en su cuarto. Quise chancearme con él sobre la poca satisfacción que manifestaba; mas entonces noté en su fisonomía tal expresión de sufrimiento, que desistí al punto y no volví á intentarlo más.

En cuanto á mí, no conseguí explicarme que pudiese estar tan alegre y satisfecha. Contraía un matrimonio de cálculo, casi forzado; pero aun así, preferíale á un matrimonio de conveniencia. ¡Había visto tantas de esas uniones indicadas de antemano, frías y correctas, como lo hubiera sido mi casamiento con el Sr. de Formont! ¡Sabía tan bien qué poco entusiasmo suele haber de ordinario por ambas partes, y tan lejos estaba yo de experimentar la violencia que más de una vez había visto reflejarse en sus miradas!..

La ceremonia del contrato se efectuó en nuestra casa. El notario nos leyó compendiosamente la enumeración de los bienes é inmuebles que Simón me reconocía en dote, figurando entre ellos el castillo y la tierra de Malpuy, que se me otorgaban íntegros por su expresa voluntad; y en cuanto á mí, no llevaba nada á mi esposo. Hecha la comprobación acostumbrada, resultó que mi palacio de la calle de Bac era ahora bien nacional, y que el banquero en cuya caja tenía yo algunos centenares de luisas había desaparecido con los fondos. Sandaraque, obligado por la mezquindad de su principal á buscar algunos servicios suplementarios, escribía al dictado del escribano; y temeroso de que yo reconociera en él al lacayo de cierto Escipión el Censor, bajaba la cabeza de un modo que me daba lástima. Dispuse que le dieran de comer, y como el perro de la fábula, lloró de ternura.

A fuerza de buscar, Simón había descubierto en una granja un anciano sacerdote no juramentado, á quien algunas buenas personas daban de comer á escondidas, y vino sumamente contento, por la idea del placer que iba á proporcionarme, para decirme que el santo varón nos casaría con la mejor voluntad. En su consecuencia, se avisó al cura patriota que prescindiríamos de su ministerio, y esta medida encantó á los feroces amigos de Simón, que elogiaron mi espíritu independiente. Algunos adivinaron tal vez que Dios no perdería nada; pero si fué así, cerraron los ojos en favor de las circunstancias excepcionales en que se hallaba su prometido.

Debíamos instalarnos en Malpuy la noche de nuestra boda. Tal era por lo menos mi deseo, y el mutismo de Simón me había parecido una aquiescencia; no se me ocultaba que mi novio se sometía de antemano á todos mis caprichos, y abandonaba mi barca á la corriente con la más confiada serenidad.

VIII

Por fin amaneció el gran día; no referiré en detalle todos los episodios; mas fueron chistosos y muy dignos de mi novelesco casamiento.

Cadiche y Claudio con su ropa de gala, Pamela con su papalina, la gente del caserío y los habitantes de las granjas; todo esto se me aparece como en sueños. La sala de la alcaldía está llena de plantas y flores; junto á mí están mis testigos, José Royere,

jacobino de perfil de medalla, de hombros de atleta, con gran chaleco abierto sobre su velludo pecho, y el puritano juez de paz, de nariz puntiaguda y rostro amarillento. Cerca de Simón, los dos tíos gemelos, rugosos y encogidos, luciendo la hopalanda y el gorro de la casa de beneficencia y moviendo la cabeza con bondadosa sonrisa, deseosos de complacer, sin darse apenas cuenta de lo que se quería de ellos. En cuanto al señor alcalde, se ha engalanado de una manera extraña: lleva su banda de cuero y su gorro frigio con la cresta tan baja, que parece un bonete de niño de coro. Para levantar el acta del matrimonio no tiene más que papel timbrado con el sello real, pues la República data de la antevíspera y los impresores no están preparados aún; pero borra con un rasgo negro la fórmula antigua y escribe lo mejor que sabe las tres palabras fatídicas, hecho lo cual, balbucea un discurso del que sólo comprendo algunas palabras, como por ejemplo: «La ciudadana que *holla* bajo sus pies la hidra de las preocupaciones revolucionarias... El ciudadano labrador que sirve á la nación fecundando su terruño... Los corazones sensibles conmovidos por un generoso civismo...»

Nos casa; nos rodean y abrazan, y me ofrecen flores y palomas. José Royere pone sobre mi cabeza la ancha palma de su mano para bendecirme en nombre de la Libertad, y después salta á un carrocoche; Pamela se ha dejado caer en mis brazos, profiriendo sollozos convulsivos; después se sienta junto á Royere, el auriga hace chasquear su látigo, y el vehículo se aleja presuroso.

Ya estamos de vuelta en la Coudraie: se ha colocado una mesa para cien cubiertos debajo del follaje; la gente come y bebe, y nosotros seguimos el ejemplo; pero excusándonos después bajo un pretexto cualquiera, nos encaminamos furtivamente por la carretera.

Recorremos cerca de un cuarto de legua sin pronunciar palabra; Simón está muy pálido, y yo muy sonrosada: veo esto en el estanco de Thuilleries.

Ya diviso la granja; un pequeño cura, vestido de blanco, nos espera junto á un altar improvisado; me arrodillo en el heno, y Claudio sirve la misa. El sacerdote va muy de prisa, y á menudo vuelve la cabeza por temor de ser sorprendido. No pronuncia el menor discurso, pero Simón le da una bolsa llena.

— ¡Gracias, gracias, dice el cura con una voz que la edad y la emoción hacen temblorosa, que el Señor os guarde!

Volvemos al banquete, donde aún sigue la broma; mas ya es hora de irnos á casa. Miro la granja donde he vivido siete meses; las lágrimas acuden á mis ojos... el sueño se desvanece... vuelvo á la realidad.

Lleguemos ahora á la noche de mis bodas, que es el verdadero asunto de mi historia.

Yo me había instalado en la cámara grande con tapices verdes, donde antes dormía mis sueños de virgen: con el corazón agitado, trataba de ocultar mi turbación, hablando mucho, y conversaba sobre los acontecimientos del día con Simón, que sentado junto á mí, escuchábase sin contestar.

Al oír que daban las diez, levantóse y me besó la mano con ingenua gracia.

— Ya es tarde, dijo; debe usted estar cansada, y voy á dar á usted las buenas noches.

Yo reprimí con dificultad una maliciosa sonrisa.

— ¿Lo dice usted de veras?, repuse. ¿Pues dónde dormirá mi pobre esposo? ¿Será muy lejos de su mujer?

— Me vuelvo á la Coudraie; mi caballo está á la puerta y...

Al oír esto, me encolericé de veras.

— ¿Qué quiere usted decir?, repliqué. ¿No se ha concluído aún esa inútil comedia? Yo creía haberme hecho comprender para que no me fuera necesario formular dos veces mi voluntad.

Simón volvió á sentarse con aire suplicante.

— Querida..., mi querida señorita..., murmuró.

— ¡Llámemme usted por mi nombre! Ya estoy cansada de tantos insolentes respetos; y por otra parte, ya no soy señorita, puesto que nos hemos casado.

— Mi querida Aurora, repuso Simón con tono vacilante, permítame usted hablarle francamente, y no vea en mis palabras sino la más apasionada deferencia. Cuando usted se dignó aceptar el triste recurso que le ofrecía, sé que lo hizo como verdadera gran dama, generosa y noble entre todas; pero usted es muy joven, y apenas ha vivido en el mundo á que pertenece. Sin duda no se da cuenta de las cosas; pero yo la aseguro que no podemos vivir bajo el mismo pie. Usted sufriría muy pronto...; y yo padecería más aún. Nunca podré ver en usted más que la señorita de Malpuy, á la hija de mis antiguos señores y á la dueña de este castillo; no sé por qué ha de ser así, pero esta es la verdad. Sin embargo, soy republicano, y las personas de calidad no suelen imponerme; pero usted..., es otra cosa. Comprenderá, pues..., que me avergonzaría de imponerle una baja, y que no seré feliz si usted me saca de mi condición.

— ¡Sea!, dije, después de reflexionar un momento; á decir verdad, debí haber notado que la residencia de Malpuy no le agradaba mucho, puesto que no ha querido vivir en ella ni un solo día desde que es suya la finca; mas esto no importa. Vamos á la granja, pues no estaré menos bien. ¡Vaya, en marcha! ¿Qué espera usted?

Simón se arrojó á mis pies fuera de sí.

— ¡Señorita..., señora!., no me obligue usted á vivir junto á usted, porque moriría antes que tocar á uno de sus cabellos..., pero también sufriré mil tormentos si entre usted y yo no se ha de franquear más que una puerta.

— Muy bien, repuse, vaya usted solo; le devuelvo su libertad; pero no extrañe que mañana corra á Blois, y que delante del árbol de la Libertad grite ¡Viva el rey!

Simón dejó escapar un grito desgarrador.

— ¡No, no, Aurora, exclamó, todo antes que eso! ¡Ordene usted, me someto!

— Pues bien: habite usted aquí, que es lo más conveniente, y no trate de disimularse como un lacayo. Tutéeme usted como se hace en su casa... y entonces consentiré en vivir.

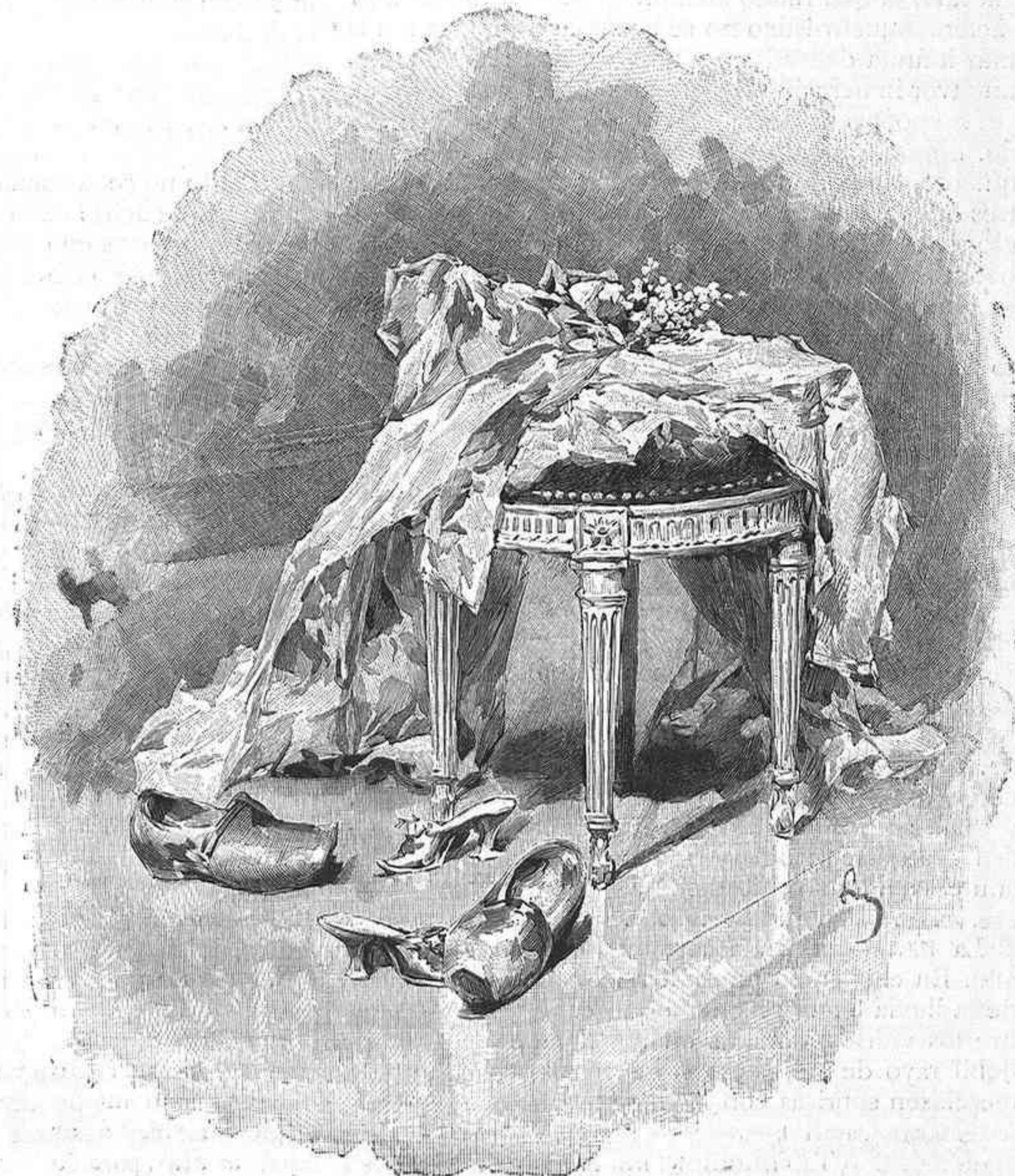
Simón suspiró profundamente.

— ¿Dónde quiere usted que me aloje?, preguntó.

— Pues no muy lejos, contesté con maliciosa sonrisa. Ahora suele pasar mala gente por los alrededores, y en caso de peligro es necesario que yo pueda llamar á mi protector. La habitación contigua á la mía me parece ser la más conveniente.

— Está bien, contestó con la expresión de un condenado á muerte.

Apenas estuve sola, miréme al espejo, y vi en él



pruebas evidentes de la violencia que al parecer se había hecho mi esposo.

Esperé á que todo estuviese tranquilo, y cuando el profundo silencio de las noches estivales reinó al fin, así dentro como fuera, me acerqué á la puerta vidriera con cortinillas de seda, levantélas y miré.

Simón no dormía; apoyado de codos en la ventana, contemplaba las estrellas con expresión de dolorosa angustia. De repente se irguió y vile dar un paso hacia la puerta..., mi respiración cesó; pero después, Simón se volvió bruscamente, corrió hacia su lecho, dejóse caer en él y comenzó á sollozar.

Una inmensa alegría dilató mi corazón, alegría tan grande, que no recuerdo haber experimentado otra por el estilo en toda mi vida.

— ¡Simón, grité, Simón!

Mi esposo acudió al punto.

— ¿Está usted enferma?, preguntó. ¿Qué ocurre?

— Una noticia..., una buena noticia.

— ¿Cuál puede ser, Dios mío?

— ¡Es que... que le amo!

Y para disimular mejor mi turbación, oculté mi rostro en su seno palpitante.

No estaba yo muy segura de amarle entonces; pero sí es verdad que le amé después de haberle oído con delicia hablarme de su amor, que databa de mis primeras visitas á la granja, y que he bendecido, por haberme proporcionado semejante esposo.

La revolución rugió largo tiempo alrededor de nuestra felicidad, impotente para destruirla, y yo lloré sobre las víctimas; pero mis lágrimas fueron menos amargas que las de Simón, que también lloraba su sueño de pura y pacífica libertad.

Desde su casamiento había cortado toda relación con los hombres activos de su partido, y solamente José Royere le veía de vez en cuando. Este fiel y terrible amigo no escapó de la tormenta; la bala de un fusil vendeano puso fin á su existencia.

El Sr. de Formont se había casado poco después que yo con una hermosa austriaca; fué á residir en las inmediaciones de Pesth y no volvió nunca á Francia.

Tampoco vi más á mi aya; parece que encontró en Londres un marido gotoso y de genio vivo, al que sirvió de enfermera durante el resto de su vida.

Durante todo el período del Terror vivimos aislados, ocultando nuestras llagas y haciendo lo posible para cicatrizar las de los demás. Simón era el amparo de todos los pobres, el árbitro en todas las contiendas, y gracias á él nuestro país formaba como una especie de oasis en medio de la desolación general. Tuvimos cuatro hermosos niños en cuyo cuidado se pasó mi juventud; dos de ellos me precedieron en la tumba, y los otros llegaron á ser padres; su familia me rodea, y les debo las alegrías de mi ancianidad. Para Simón fuí siempre un ser sagrado, de esencia rara, al que rindió siempre culto con tímida adoración. Aquel rústico no se acercó á mí nunca sin la más infinita delicadeza, y toda su vida recibió como un favor inmerecido las pruebas de mi justa ternura.

La epopeya imperial nos dejó fríos. Desde su caída, Simón, afligido de una debilidad en el pie izquierdo, no pudo tomar parte en la guerra. Yo tenía tres hijas y un hijo que había visto la luz con el siglo; Dios permitió que el emperador cayese sin haber sacrificado á los muchachos de quince años en su fúnebre apoteosis.

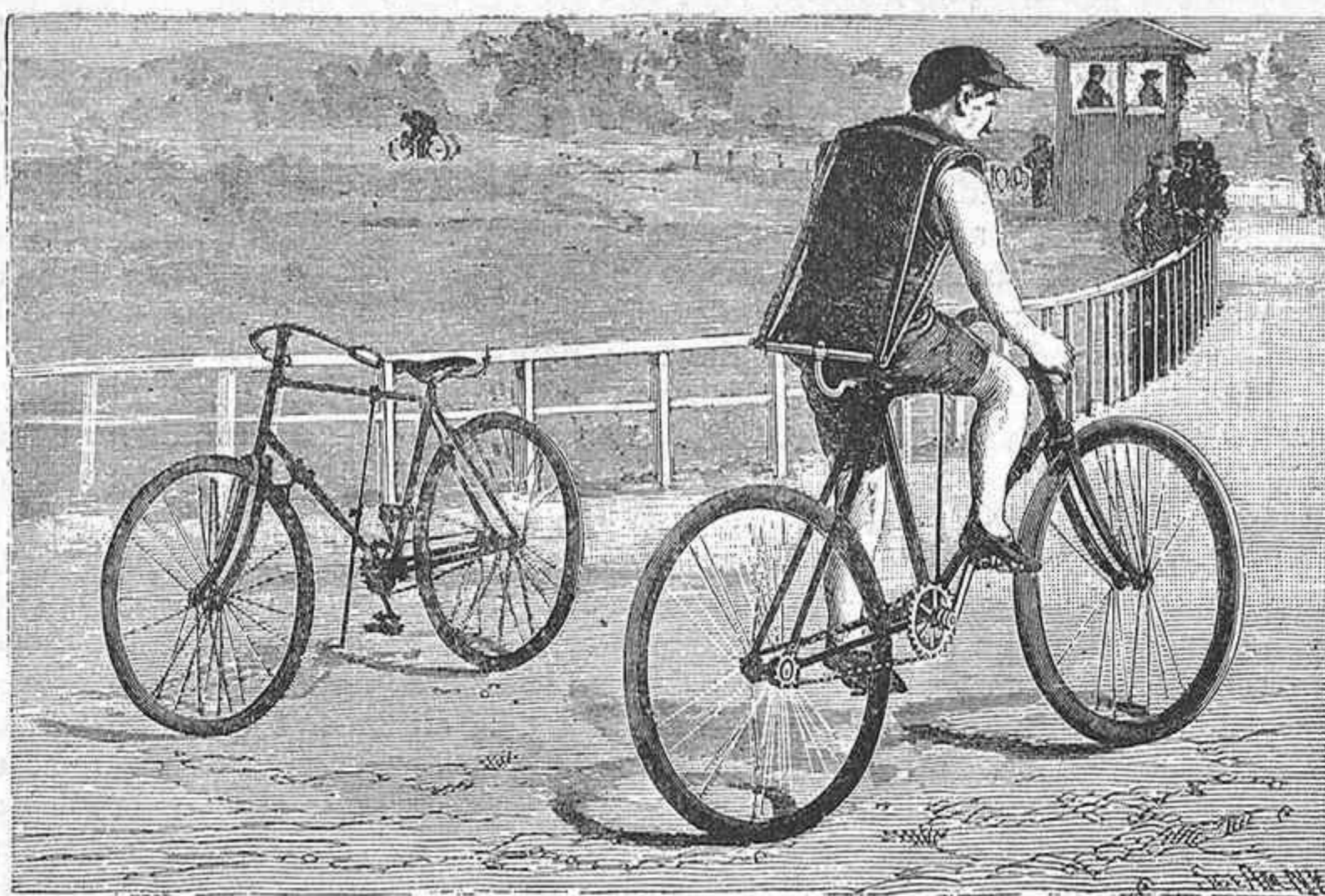
Luis XVIII reinaba hacía seis meses, cuando cierto día recibí una extraña comunicación. Solicitado por uno de mis primos, á quien molestaba sin duda tener parentela plebeya, el rey me ofreció otorgar á mi hijo el título y el nombre de los Malpuy. Yo conocía demasiado bien los sentimientos de Simón sobre este punto para vacilar un solo instante, y en su consecuencia rehusé. Sus lágrimas de agradecimiento me compensaron con usura.

Aquella fué su última alegría. Poco después se declaró en el país una epidemia de tifus, y mi querido esposo fué una de las primeras víctimas. Murió dándome toda su alma en una suprema mirada de amor.

Viuda á los cuarenta y dos años, fuí muy solicitada, y se me ofrecieron los mejores partidos de la vecindad, entre los cuales figuraban grandes nombres, y hasta se me propuso un título; pero todo fué inútil. No quise abandonar jamás el humilde nombre con el cual había sido dichosa.

La narradora había terminado, y yo escuchaba aún. En el silencio que allí reinaba, oíase el rumor de la lluvia lenta y menuda que caía gota á gota sobre los vidrios, dorados en aquel momento por un débil rayo de sol, como si los recuerdos de antaño mezclasen sonrisas con las lágrimas.

TRADUCCIÓN DE E. L. VERNEUIL



Tirantes para aumentar la fuerza de los ciclistas

SECCIÓN CIENTÍFICA

TIRANTES PARA AUMENTAR LA FUERZA DE LOS BICICLISTAS

Desde que el deporte velocipédico se ha generalizado, son muchos los inventos que se han realizado en utilidad de los ciclistas. Uno de los más importantes es, sin duda, debido al mexicano D. Estanislao Caballero de los Olivos, residente en la actualidad en Nueva York, que tiene por objeto aumentar la fuerza de los que á correr en bicicleta se dedican, por medio de unos tirantes que presentan resistencia sobre los hombros, como lo indica nuestro grabado.

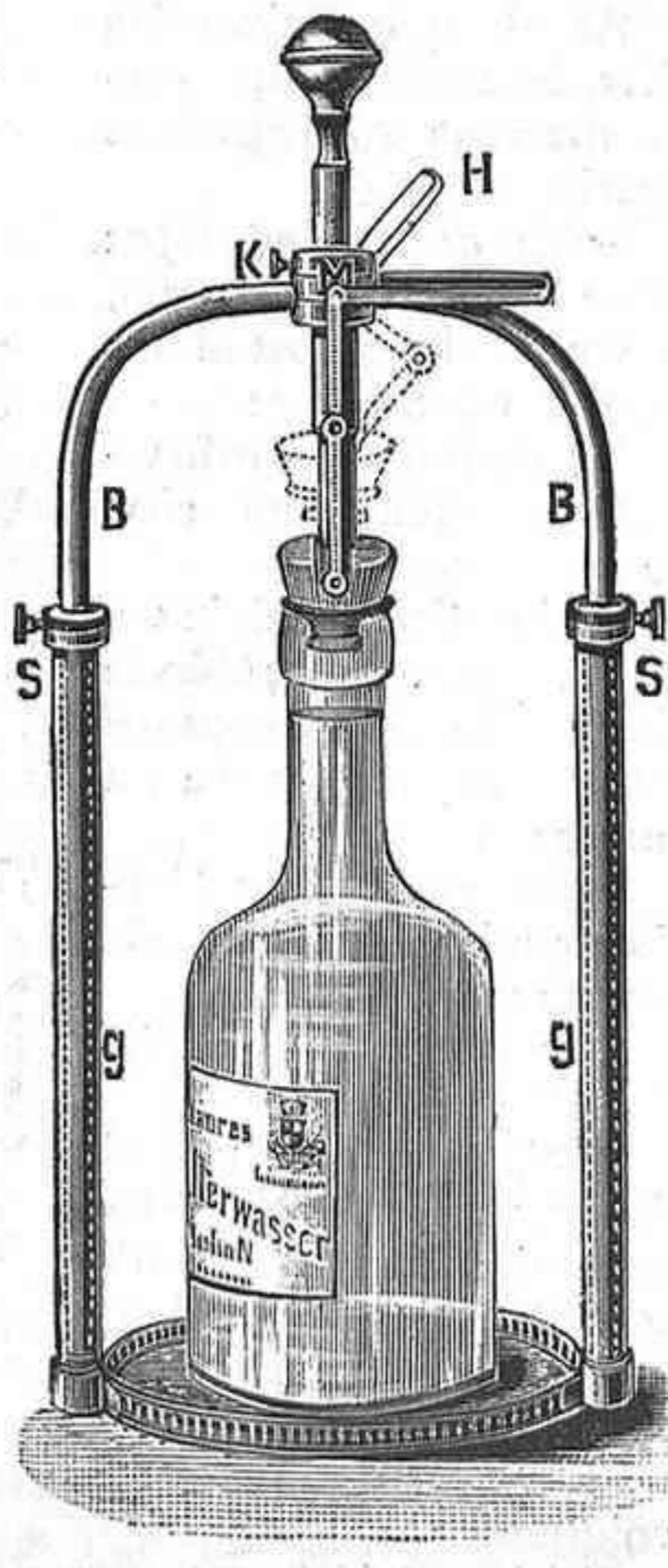
Detrás del asiento se asegura una barra curva donde encaja otra transversal en que se sujetan los tirantes; cuando el ciclista cree conveniente desprender éstos se suelta, merced á un resorte, la barra en donde están enganchados. Los tirantes presentan un punto de apoyo sobre los hombros, pudiendo así el ciclista ejercer más esfuerzo sin necesidad de levantarse del asiento, como sucede al apoyarse solamente sobre las barras que tiene en las manos.

Otra invención del mismo autor va representada en la bicicleta de la izquierda del mismo grabado: es un ligero, sencillo y eficaz apoyo para las bicicletas, que también se puede llevar con éstas para evitar el ponerlas en el suelo donde no se encuentre lugar para tenerla de pie al desmontarse el ciclista en sus paseos por el campo. Se compone de una varilla que puede alargarse ó encogerse por medio de un tornillo: para impedir que las ruedas se muevan lateralmente un resorte sujeta la de delante, como lo indica el grabado.

**

APARATO PARA TAPAR TODA CLASE DE BOTELLAS

Cuando no se consumen de una vez los líquidos saturados de ácido carbónico, hácese difícil volver á tapar las botellas con el corcho, pues éste es empujado hacia afuera y por consiguiente el ácido se escapa. Muchas veces, sobre todo tratándose de aguas minerales, es de gran importancia que la botella no vaciada del todo permanezca herméticamente tapada, y por consiguiente ha de ofrecer interés un aparato como el que reproducimos, que permite conseguir este objeto. Las asas B. B pueden subir ó bajar por los tubos gg para tener la altura conveniente según sea la de la botella. Cuando se quiere poner la botella en el aparato es, pues, preciso ante todo colocar debidamente la pieza formada por aquellas asas, para lo



Aparato para tapar toda clase de botellas

cual se da al botoncito K y á la palanca H la posición que indica la línea de puntos, y se hace descender la indicada pieza hasta que el tapón toque al cuello de la botella. Hecho esto, se fijan las asas por medio de los tornillos S S y se oprime la palanca, con lo que la botella queda tapada herméticamente. Luego se da vuelta al botón K, y con sólo subir ó bajar la palanca H se abre ó se cierra á voluntad la botella.

**

LA FOTOGRAFÍA POR KILÓMETROS

Cerca de Berlín, en Schoneberg, existe un establecimiento fotográfico

titulado *Neue photographische Gesellschaft* (nueva sociedad fotográfica), en cuyos talleres se fabrican mecánicamente fotografías en papel por el bromuro de plata, en máquinas, cada una de las cuales produce al día varios kilómetros de pruebas en rollos de papel continuo de 0'64 metros de anchura.

El papel continuo, al desarrollarse, va pasando primero por una máquina de exposición, en donde, bajo el clisé, se somete á una luz artificial á razón de 2 á 4 segundos por cada 50 centímetros. Esta máquina la maneja un solo operario, é impresiona de 2 á 3 kilómetros de papel diarios.

La tira de papel pasa después á una máquina de desarrollo, y allí permanece en el baño revelador durante un período determinado de tiempo; va después al lavado, luego al baño fijador, pasa en seguida á uno de alumbre, á otro lavador y al aparato que lo seca, arrollándose, por último, la serie de pruebas terminadas en un cilindro. El camino recorrido por el papel en esta máquina es de unos 100 metros, y cada imagen tarda una hora en recorrerlo.

La segunda máquina produce un kilómetro de pruebas al día.

Una fabricación mecánica de este género puede hacer competencia á las tiradas por impresión, pues aunque todavía resulta el precio algo elevado, el procedimiento es susceptible de perfeccionamientos que den resultados más baratos y constantes, al mismo tiempo que un número ilimitado de pruebas de un mismo clisé; lo que permitirá, por ejemplo, ejecutar en gran cantidad y en el día reproducciones de un asunto de actualidad.

El sistema es aplicable también á la ilustración de libros y catálogos, así como á la multiplicación de pruebas fotográficas; y de esta última aplicación se cita el ejemplo de una fábrica de chocolates de Colonia que ha encargado siete kilómetros y medio de una fotografía de 50 x 60, y que contiene las 1.900 cabezas de todo el personal de la fábrica.

Ocioso creemos encarecer la importancia de este invento que ha de producir una verdadera revolución en materia de ilustraciones de libros, sobre todo cuando se realicen los perfeccionamientos que abaraten el procedimiento y permitan por ende generalizarlo.

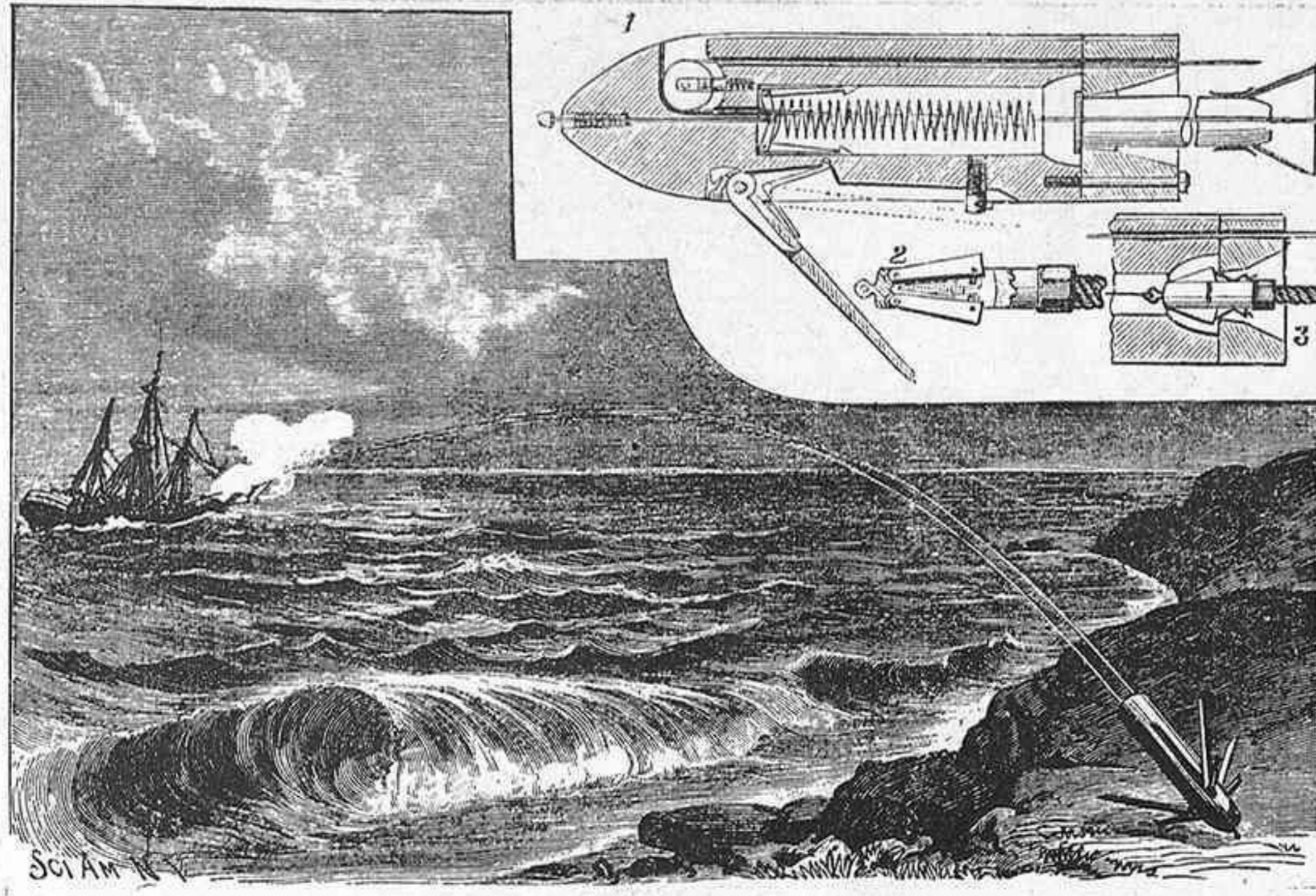
**

NUEVO APARATO DE SALVAMENTO DE BUQUES

Para facilitar la comunicación entre un buque inutilizado ó que se halla á merced de las aguas y la playa, Mr. Antón Schmitt ha pedido privilegio de invención por el aparato que se representa en el grabado de la página siguiente, y cuya introducción ha sido promovida por el Rev. Alberto Stroebele, de Butler.

El barco lleva un cañón apropiado para disparar un proyectil en forma de ancla, con garfios para sujetar ésta allí donde toque; el ancla lleva además una cuerda, que tiene una de sus puntas atada en la cureña del cañón, mientras que la otra se desarrolla de un tambor colocado también en la cureña; de modo que las dos se mantienen á bordo del buque. Una de las extremidades de la cuerda, enlazada así con la orilla, se puede atar entonces á una pesada cadena ó cable, y este último, sujeto en el ancla, permite, por medio de un tambor que habrá á bordo del buque, atraer el barco hacia la orilla. La figura 1 representa una sección del lado del ancla, cuyo cuerpo tiene un hueco de registro, con un taladro cónico en

la base, á través de la cual pasa una vuelta de la cuerda que se extiende alrededor de una polea para volver al tambor de la cureña. Un tubo ligeramente sostenido en el taladro del cuerpo se adapta de modo que coja un tubo en la base á fin de formar una guía para la pesada cadena ó cable cuando este último se haya de unir con el ancla, según se demuestra en la figura 3. En la parte anterior de este tubo hay una especie de casquete, sobre el cual ejerce presión un muelle normalmente comprimido por ganchos que cogen el tubo y están montados en su extremidad posterior sobre eslabones unidos con una varilla que se extiende hasta el extremo anterior del cuerpo. La cabeza de esta varilla toca primero en el suelo cuando se dispara el ancla, desprendiendo los ganchos y permitiendo al muelle empujar hacia afuera el tubo y el embudo, según lo indica la figura 1. Encajados en depresiones en los lados



Nuevo aparato de salvamento de buques

del cuerpo hay tres brazos con garfios, dispuesto cada uno de modo que pueda recibir otro con pivote. Cada brazo se mantiene normalmente en posición dentro de la pared del cañón; pero todos salen forzosamente fuera por la acción de los muelles cuando se dispara el ancla. Los brazos más cortos se mantienen abiertos de una manera rígida, y los otros elásticamente.

La cabeza para el cable que ha de unirse con el ancla por medio de las cuerdas después de haberse arrojado aquella á la orilla, tiene alas que se recogen en depresiones como se ve en la figura 2; sufren la presión de un muelle y únense cuando se empujan á través del embudo en la base del ancla, después de lo cual se balancean hacia delante, llegando á la cara interior de la base; de modo que la cabeza queda fuertemente unida con el ancla, produciéndose así un firme enlace entre el ancla y el buque.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALDESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMADA DELABARRE DEL D^r DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D^r FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestioniones curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.
VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE
CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energético que se conoce para curar: la *Clorosis*, la *Anémia*, las *Menstruaciones dolorosas*, el *Empobrecimiento* y la *Alteración de la Sangre*, el *Raquitismo*, las *Afecciones escrofulosas y escorbúticas*, etc. El *Vino Ferruginoso de Aroud* es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los órganos, regulariza, coordina y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloración* y la *Energía vital*.
Por mayor, en París, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS
EXÍJASE el nombre y la firma AROUD

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó **Leche Candès**
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES etc.
St-Denis, 18

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestión y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazón, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
Fabrica, Especidiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

MAREO PELAGINA
RESULTADOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO. No Franela, frascos 5, 3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, PARIS, y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.— Precio: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

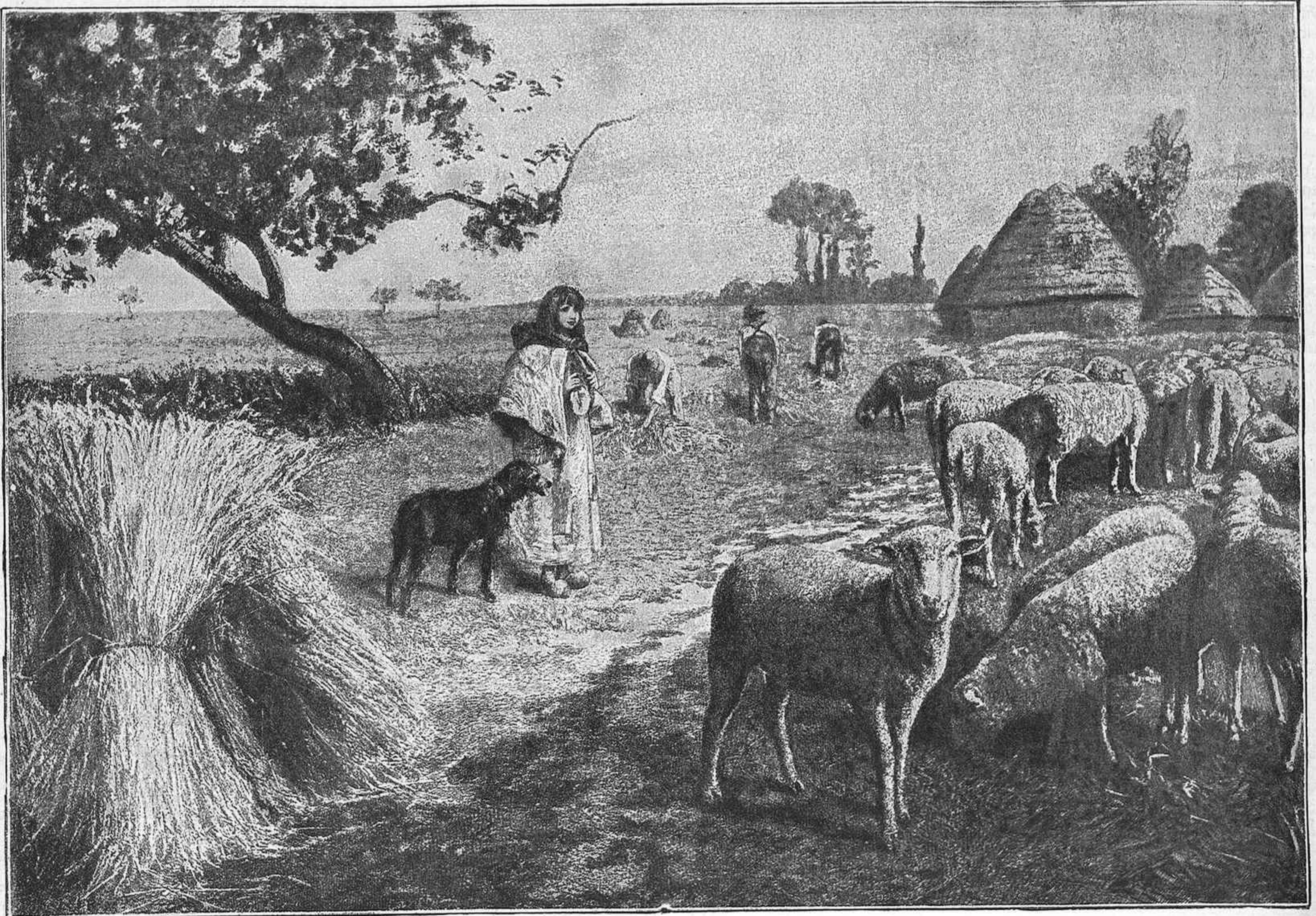
Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. - Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la leucemia tuberculosa.
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
HISPANO-AMERICANO
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que reproducen las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
MONTANER Y SIMON, EDITORES

PECAS (Taches de Rousseur)
Salvado, pecas, máscará, bochorno, granos y puntos negros son destruidos en algunos días sin alterar la piel ni la salud por la maravillosa é inimitable **LECHE del D^r H. DE SEGRÉ**. Acción segura, perfume suave, última palabra del progreso. El frasco 5 francos París; 6 fr. franco estación, contra mandato. **CASA S^o-JUST**, 304, rue Saint-Honoré, y en buenas perfumerías.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSEUR destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEUR**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.



La hija del pastor, agua fuerte de R. de los Ríos (Exposición internacional de Venecia. 1895)

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
CASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias

El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de abajoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECO y de los INTESTINOS.

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATÁRRO,
BRONQUITIS,
OPRESION

ASMA

y toda afección
Espasmódica
de las vías respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y C^{ia}, N^o 102, R. Richelieu, París.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente a volver a empezar cuantas veces sea necesario.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

Empleado con el mejor exito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Pildoras y Jarabe de BLANCARD

Solucion **BLANCARD** y Comprimidos de Exalgina

de Exalgina

JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS
DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.

El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento.
CONTRA EL DOLOR

Con Ioduro de Hierro Inalterable.
ANEMIA
COLORES PALIDOS
RAQUITISMOS
ESCROFULOS
TUMORES BLANCOS, etc., etc.

Exijase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

VINO AROUD con QUINA

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

CARNE y QUINA! con los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estomago y los intestinos.

Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud.**

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma AROUD

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN